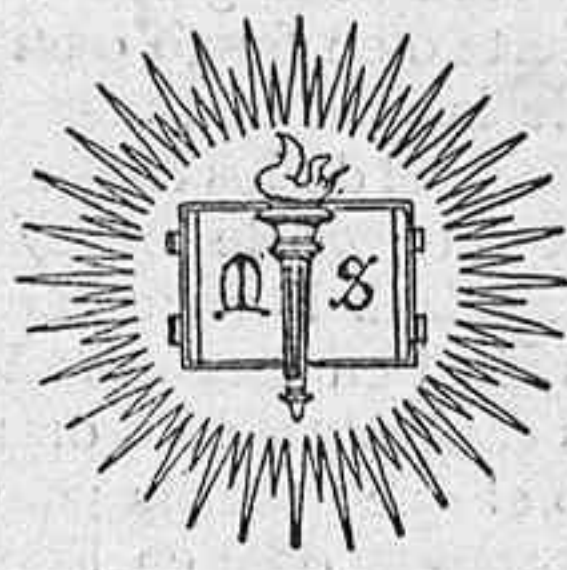


La Ilustración Artística



Año XXXIII

BARCELONA 9 DE FEBRERO DE 1914

Núm. 1.676

ROMA. - GALERÍA DE ARTE MODERNO



VANIDOSILLA, cuadro de Humberto Coromaldi

(De fotografía de Vasari, remitida por C. Abeniagar.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El loco*, por José Sánchez Rojas. — *La cacería regia en Malpica*. — *Valencia. Exposición del Círculo de Bellas Artes*. — *Fresco de I. a Bella*. — *Nuevos hallazgos de antigüedades romanas en Trípoli*. — *París. Monumento a Eduardo VII*. — *Telegrafía óptica en la aviación*. — *Monumento a la reina Luisa de Prusia*. — *Ambrosina* (novela ilustrada). — *Actualidades barcelonesas*. — *Libros*. — *Los nuevos sellos de correo de Egipto*. — *Pablo Deroulede*.

Grabados. — *Cuadros de Coromaldi, Cardona, La Bella, Hiortzberg, Soler, Vera, López, Benlliure (J.), Benlliure Ortiz, Pinazo y Benedito*. — *Esculturas de Alemany, Landowski, Badía y Elster*. — *Dibujo de Tamburini que ilustra El loco*. — *Notas de Malpica, Trípoli, Villacoublay, Barcelona, Egipto y Niza*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como es natural, hablemos un poco de la nieve. Ya nos ha abandonado, la blanca maga del Norte, cuya aparición causa aquí siempre sorpresa y hasta bien fundado pavor; pero estamos aún bajo el influjo de su prestigiosa vestidura de plata y de sus diabluras de hada maléfica — porque aquí lo ha sido, en toda verdad, teniéndonos cuatro días obsesionados por el temor de desdichas mucho mayores de un riguroso bloqueo.

Con motivo de la nieve, se han agitado aquí cuestiones de las cuales creo que la mayoría de los madrileños saben poco o nada. ¿Qué se hace en el extranjero cuando se cubre de nieve una gran capital, y la circulación se hace difícil, por no decir imposible? Confieso que yo, realmente, no tengo datos sobre la materia. He estado en París cuando había diariamente una cuarta de nieve en las calles; he visto barrenderos incesantemente consagrados a despejar esa nieve apenas caía, para evitar que se congelase; he visto grandes carros o *tombereaux* que se la llevaban no sé adónde; y esto es todo. Creo recordar que las brigadas trabajaban día y noche relevándose, porque si no se hiciese así, la nieve se endurecería, y no se podía dar tiempo a que tal sucediese. No me atrevo a afirmar que, así y todo, no hubiese roturas de brazos y piernas. Yo sufrí una caída, pero fué bajo techado, en la misma escalera de la Biblioteca Nacional, en la entrada de los lectores, que no es, como aquí, una fastuosa e insufrible escalinata de mármol, en la cual se cansa el cuerpo y se resbalan los pies, sino una antesalita baja, cómoda; pero yo llevaba nieve en los pies, y resbalé, sin que se me fracturase tibia ni húmero. Es decir que cuando nieva, por muchas precauciones que se tomen, pueden ocurrir accidentes; sólo que, precaviendo, son pocos, y, sin precauciones, muchos y muy alarmantes.

Las precauciones se deben adoptar desde que desciende el primer copo; y una nevada nunca debe coger desprevenido a nadie. Es un fenómeno que no se presenta todos los años, pero sí cada tres o cuatro, y vale la pena de prepararse y de asegurar, por los medios de transporte modernos, las subsistencias y los servicios fúnebres, y asimismo la limpieza de las calles y el tránsito, todo lo cual, pensado con la debida anticipación, puede evitar las graves complicaciones que surgieron amenazadoras en Madrid.

La mitad más uno de los disgustos proceden de no acordarse de Santa Bárbara sino cuando truena. La imprevisión: el gran vicio nacional... Y con la imprevisión, el aplazamiento. El aplazamiento, que fué la plaga de España, ya bajo Felipe II. «Se verá, se entenderá en ello...», era la respuesta del indeciso rey a las más urgentes sollicitaciones de hombres como D. Álvaro de Bazán y D. Juan de Austria...

En la mayor parte de los negocios públicos, a menos que los active un interés particular, rige este sistema: el aplazamiento, cuando no el total olvido de los asuntos de mayor cuenta. Sólo al echarse encima la necesidad, se piensa en ella; pero ya es tarde. Yo no increpo por tal concepto a determinado alcalde; todos hubiesen, de seguro, hecho lo mismo. Son cosas de nuestra idiosincrasia. Los profesionales de la Alcaldía, como el difunto D. Alberto Aguilera, se encontrarían, probablemente, tan desprevenidos como el novato vizconde de Eza. Rara vez he visto que viva prevenido nadie, en este país que está a salir del día, a resolver lo más urgente, a tapar un agujero abriendo otro.

Francia sufrió un gran desastre, por no estar prevenida... Nadie ha olvidado aún la famosa frase del Gobierno Olivier: «No nos falta ni un botón de polaina...» Y les faltaba todo: provisiones, armamento, mapas, forrajes... Consolémonos con este ejemplo, que va haciéndose viejo ya, de que nos hayan faltado camiones, furgones, gente y recursos, en los días téticos y pintorescos en que la nieve nos envolvió con sus capas de armiño, y bordó los monumentos y el ramaje de los árboles, con sus agujas portentosas, de encajera belga, de Aracne sutil...

Porque el fenómeno es lindo, no cabe duda, y hay

en él una enorme poesía mientras no llega a ponerse en contacto con la tierra: mientras desciende por el aire, y no se mezcla con el fango. Todo ello da lugar a mil consideraciones alambicadas, y conocidas, que omito. Ya depositada donde se deposita cuanto cae, en virtud de la gravitación, he aquí que la nieve se convierte o en fango o en resbaladero horrible, peligro de la vida o al menos de cojera. Y a este riesgo se añade el de los enfriamientos, esos clásicos enfriamientos, terror de todos los que pasan de veinte años, en Madrid. Porque la capital de las Españas es la más fértil en esta cosecha. Es la ciudad que asusta a los cantantes, a los oradores sagrados y profanos, a todo el que necesita para su trabajo *donner de la voix*, como se dice en Francia. Apenas pisan las tablas del Real las divas y los divos, sienten eso que se llama *orgasmo*, esa contracción inexplicable que paraliza la garganta. No puede atribuirse al frío, porque más fríos son San Petersburgo y el mismo París, y no hay en ellos esta cantidad de enfermedades de las vías respiratorias. Es el duro viento de la sierra, que se ha escaldado, en verano, sobre los picachos escandecidos por el sol, y en invierno ha contraído la aspereza de las sierras calvas, algo de desgarrante, que le hace, no sutil como navaja barbera, sino rasposo como serrucho. Y así, en Madrid, dondequiera que vayáis, oiréis el concertante de las toses y el coro de sonaduras más o menos estrepitosas. Y en ninguna parte como aquí se siente el miedo a las corrientes de aire, a las ventanas abiertas y de cuanto nos pone en relación con el exterior. Así como los pobres de Londres se defienden del frío con la sordidez de su ropa y persona, con la capa de suciedad que forma costra sobre su piel, dijérase que en Madrid la gente se resguarda del cierzo serrano con lo viciado del ambiente casero, en las habitaciones cerradas a piedra y lodo, ahogadas en alfombras, cortinones y camillas. El uso del ventilador, por ahora, se desconoce.

Así, hay ciertas enfermedades que han llegado a arraigarse en Madrid, creo que con mayor intensidad que en otras ciudades europeas. Verbigracia, la *grippe*.

No oís hablar de otra cosa, cuando los inviernos son algo fríos y duros. Epidemia de *grippe*; *grippe* fría, *grippe* con calentura, *grippe* que va desde el sencillo resfriado con dolor de huesos, hasta la fiebre mortal. Y por eso, en los días crueles, de temperaturas semipolares, vemos caer, como las hojas, a la «gente conocida». Claro es que en ello hay una ilusión de óptica; cuando se muere gente conocida, se muere lo mismo la desconocida, sólo que no nos damos cuenta sino de lo que por algún concepto nos importa. Lo demás, es como el agua que corre, sin dejar huella de su curso. Es la vida que pasa y se desvanece.

Gente conocida, ha sido mucha la que ha caído en el saco sin fondo... Una de las personas desaparecidas ha sido la excelente Duquesa de Nájera, aquella «Carolita» que un tiempo fué a la corte del zar a representar a España con fastuosa magnificencia; mujer que parecía llenar el proscenio del Teatro Real donde ostentaba sus joyas de sultana, sus *toilettes* de Vorth, sus grandes adornos de cabeza, de plumaje rico, y su animada figura, llena de cordialidad. Su palacio de la calle de Alcalá, que acaba de legar para un asilo de huérfanos, se abría frecuentemente para grandes saraos, de esos que se llaman de ancha base, que van escaseando, y que estaban en armonía con la magnitud de los edificios y de las fortunas: hoy, que todo el mundo se hace, no palacios espléndidos, sino «hotelitos monos», las fiestas se han reducido a agrupaciones de *coterías* o cotarros; pero en las viviendas grandiosas, los bailes serían fríos sin enorme concurrencia, y tal sucedía en los de la Duquesa de Nájera, brillantes, con un *buffet* sólido, verdadera cena, aun cuando la fiesta se celebrase por la tarde. La duquesa acogía a todos con cordialidad no afectada, propia de su carácter bondadoso y sencillo, que no habían podido alterar tantos años de vivir entre las mentiras sociales más adobadas, y tantas perfidias como bajo el trato social se descubren, «como entre flor y flor sierpe escondida».

Hasta hace pocos años, dos o tres a lo sumo, la Duquesa de Nájera fué adorno indispensable de los salones. Su belleza española se conservaba aún, algo alterada, pero no destruída, y contribuía a defenderla el encanto de la amable sonrisa, y el lucir de los bonitos ojos negros. De pronto, la retirada, el encierro, la desaparición. Minaba sin duda el organismo cruel enfermedad, que, de repente, se impuso, tiránica y destructora. No se volvió a ver a la Duquesa de Nájera. Al principio, se atribuyó al luto de viuda. Pero el plazo del luto expiró, y siguió enclaustrada la duquesa. El enorme, majestuoso palacio de la calle de Alcalá no iluminó ya nunca su amplio zaguán, sus ventanas múltiples. Permanecía a media luz, silencioso. Ni aun visitas de amistad se recibían

en él. Entraban los médicos, los enfermeros. Debió de ser aquello un luchar no interrumpido con la muerte, que avanzaba, y avanzaba acompañada de terribles dolores, de sufrimientos sin límite. Sufrimientos tales, que la duquesa fué operada, extirpándosele un nervio, para intentar aliviar su cefalalgia, y hasta estaba resuelta a dejarse alzar la bóveda del cráneo para operación más decisiva, a la desesperada, que acabase con el suplicio. Da idea esta resolución de las torturas que experimentaría la infeliz dama, de lo que padeció aquella cabeza que tantas veces se irguió, cegadora de pedrerías y garzotas y airones, en el palco donde su silueta no podía faltar, en los días brillantes del regio coliseo.

Y por fin (cuando empezaba todo el mundo a olvidarse de la Duquesa de Nájera, pues como dijo la sabia Madre Teresa, deja al mundo, que él te dejará) un día se supo que había fallecido. La nieve caía a mullidos copos, sobre las casi desiertas calles. Era un problema el del transporte de los cadáveres a los cementerios; los caballos de los coches de las Funerarias resbalaban sobre el hielo; no había modo de prestar el servicio, y no se sabía cómo llevar a la Duquesa de Nájera, Condesa de Santamarca, a su último asilo. Por fin se acudió a colocar y amarrar el féretro en un automóvil de la casa, y trasladarlo así al cementerio, mientras no se interrumpía el pausado caer de la nieve...

El palacio, que hemos visto lleno de ruido, música y luz, permanecerá desierto, hasta que se resuelva si ha de ser allí donde se instale el Asilo que en sus disposiciones testamentarias deja la duquesa fundado. No tuvo hijos la duquesa, y repartió sus bienes con arreglo a sus cariños amistosos y a sus benéficas inclinaciones.

Y, con todas estas hazañas de la *grippe*, o de las enfermedades crónicas que la mala estación exacerbaba, el invierno transcurre sin alborozo mundano, sin fiestas en grande, con los bailecillos de los hoteles por todo recurso para la gente moza, y con la cuestión del «tango» sobre el tapete, guarnecida de los comentarios que en todas partes se oyen, y demuestran hasta qué punto ha entregado Dios el mundo a las disputas.

En efecto, mientras para la mayoría de los comentaristas el tango es un baile lúbrico e incitativo y en el cual se realiza la pantomima más expresiva de las mayores picardihuelas, para algunos es un baile gracioso y típico, sin más malicia que otro cualquiera. Porque, como nadie ignora, el baile en general no está en olor de santidad para no pocos moralistas — y sin hablar del cuento terrible del P. Coloma, en que una jovencita, después de haber asistido a una fiesta en que ha danzado, tiene una visión en que cree haber ido pisando, al mover los pies para la danza, la sangre de Cristo —, recuérdese la opinión de Pereda acerca de todo baile en que el hombre y la mujer se enlazan, y la de tantos padres graves, escandalizados de cuanto a baile se asemeje.

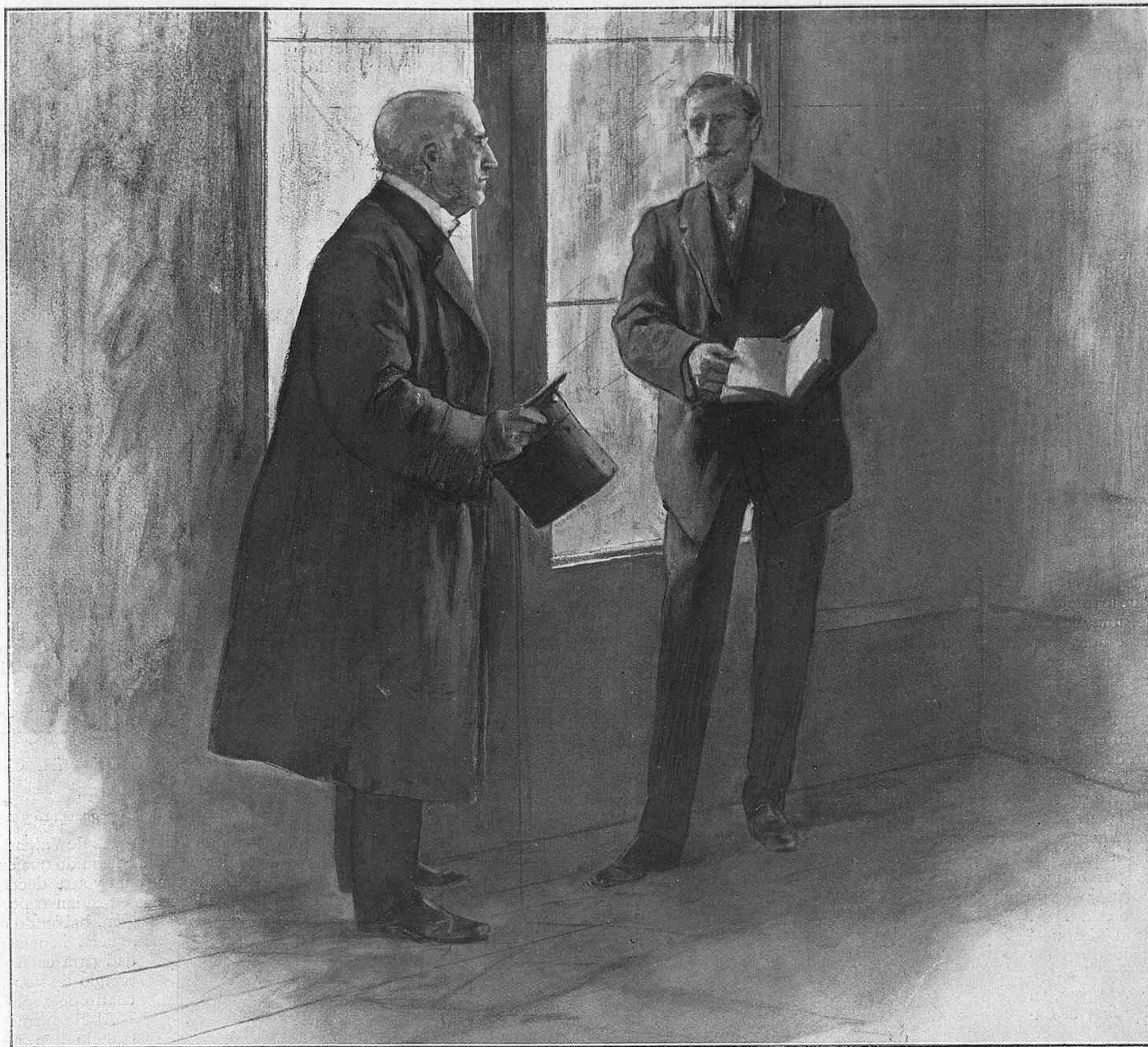
De hecho, es curioso que la antigüedad pagana no conociese esta clase de bailes que se gastan en los modernos tiempos; estos bailes que son una especie de representación espiritualizada de los trámites del amor, y que permiten el diálogo más tierno entre personas que por un instante adoptan la actitud más apasionada; en suma la pantomima del ideal amoroso. Las antiguas danzas son o en rueda, agarrados de las manos sátiros y ninfas, silvanos y baces, o guerreras, ejecutadas sólo por los varones de la tribu, o religiosas, como las del furor lupercal y la de David ante el Arca; pero la danza de la pareja es cosa de nuestra edad, y su momento más bello ha sido el del romanticismo, con el poético vals alemán, lleno de ensueños y de fiebres.

El tango no será tan inmoral como dicen; pero seguramente es algo grotesco, al lado de un vals. Es una señal del nivel bajo de las costumbres, que han perdido su elegancia y su aire señorial. Todos esos pasos que llevan nombres de animales — del oso, del pavo, del faisán, de la mona, etc. — han de ser forzadamente danzas de caricatura, y lo son, faltándoles la graciosa eurytmia de los bailes artísticos. El tango ha tenido que nacer, no en el ambiente reservado y delicado de un salón particular, sino en estos salones públicos, de no tan buen tono, de los hoteles, en que estilos muy ajenos al estilo social antiguo van predominando; la excentricidad de las civilizaciones fatigadas, hartas de oro y ansiosas de cualquier cosa que distraiga y cambie el curso de la tonta vida...

Y así, óyese hablar de honradas dueñas, que lo son sin dejar de bailar los pasos más atrevidos y zoológicos... , porque los bailan con su marido... , lo cual, salvo todo el respeto que esas señoras merecen, y yo me complazco en creer que será mucho, me parece... echarle guindilla al puchero.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL LOCO, POR JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS, dibujo de Mas y Fondevila



— ¡Ya lo ve, doctor!, dijo Fernando con tono de tristeza

Temido era por su ingenio, por su franqueza desatada y hasta por su amor a la sinceridad — una sinceridad cruda, en bloque, maciza y desesperante —, el joven duque del Olivar, grande de España, muchacho de veintiocho años, alto, guapo, moreno, con la estampa de sus abuelos, aquellos abuelos clásicos que acompañaron a Don Fernando III el Santo a la conquista de Sevilla. En todas las reuniones y bailes de sociedad donde asistía el joven duque Fernando — y asistía a casi todas — se cebaba, luego, el comentario anónimo, la murmuración festiva y graciosa alrededor de sus dichos y ocurrencias. Se le temía, se le adulaba, se prodigaban con él los gestos más agradables de los caballeros y los mejores mohines del repertorio de las damas. Pero nadie le estimaba con aquel primitivo, con aquella franqueza en un ambiente tejido de mentiras frívolas, de amables condescendencias, de frases de doble sentido, no encuadraba con aquel primitivo, con aquel retoño de los Arcos y López de Vergara que, al igual de sus gloriosos ascendientes, labradores y guerreros, despreciaba la media luz y gustaba de la cruda, sana y saludable del campo.

La vieja duquesa, madre de Fernando, que adoraba a su hijo, porque era bueno y generoso, recto, llano con sus deudos y servidores, leal y de fuerte y enérgico carácter, tuvo que oír, más de una vez, los poco piadosos comentarios que se hacían de la franqueza de su hijo. Dominaba en los salones el recelo, el miedo; cuando el duque del Olivar asistía a los tes, a los bailes, se perdía y desaparecía, como por arte de encantamiento, la holgada y frívola plática, donde no siempre dominaba el sentido moral más exquisito. El duque del Olivar amaba a la mar-

quesita de Talavera, una linda rubia malagueña, hija de inglés y andaluza, que admiraba el despeño de su Fernando, y era entusiasta de su claridad que a las veces tenía sus puntas y asomos de desvergüenza; daga florentina unos ratos y navaja de Albacete otros, la palabra de Fernando mordía, hincaba la punta de su donaire en los convencionalismos sociales que nadie se atrevía a desmoronar con denodo.

Pero la noche de mi cuento, en casa de los barones del Sotillo, la madre de Fernando llegó a creer que su hijo estaba loco. Dialogando con un diputado de oposición, del que decían malas lenguas que se había enriquecido con la política, el duque del Olivar, como emborachándose con su propia palabra, dijo a las damas la edad que tenían, a unos polítraceros los millones que habían hecho; como le replicase uno de ellos, alterado y pálido, el joven duque repuso con presteza contando otras anécdotas, que todos conocían, pero que nadie se atrevía a comentar en voz fuerte. En la tertulia de los barones se hizo un silencio embarazoso, difícil, hostil para Fernando. La marquesita de Talavera, al lado siempre de su Fernando, fué la única que le apoyó resueltamente. El doctor Losada — que asistía a la tertulia — dijo, limpiándose los quevedos, que muy bien pudiera suceder que aquel joven estuviera perturbado.

La noticia corrió; la fama del doctor Losada era su mejor garantía. A la vieja duquesa le dió la fatal nueva su cuñada, la señora de Mezquita, el banquero. Acaso fuera necesario recluirla en un sanatorio. Los ojos del duque, inyectados de sangre, saltones, iluminados con el fulgor de sus frases sangrientas,

terribles, eran, en verdad, los de un demente. La excitación del joven duque fué en aumento los días sucesivos. En el Congreso, Fernando llamó histrión a un jefe de multitudes y ambos se fueron a las manos. Otro día, en un palco del Real, motejó de bandido a un usurero que andaba comprando títulos nobiliarios vacantes y había escrito una disertación de ética para su ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

La vieja duquesa, días después, oyendo los consejos del doctor Losada, recluyó a su hijo en un sanatorio. La novia, la gentil marquesita de Talavera, dijo que se trataba de un error, de una venganza; que Fernando estaba cuerdo y muy cuerdo; nadie le hizo caso. La pobre madre lloraba en silencio.

* * *

Fernando leía en su cuarto del sanatorio una mañana clara de abril. Desde allí contemplaba la pista de la Plaza de Toros, los aleros rojos de la calle de Alcalá, los miserables zaquizamis y barracas raquíticas de la Venta del Espíritu Santo. En un jardín, a la derecha de su cuarto, paseaban los alienados. Uno de ellos, gesticulando, decía que era Don Alfonso XIII, Rey de España, que le habían usurpado la corona y que sus partidarios se aprestaban para la guerra civil. Otro de ellos, con una mitra de papel, echaba bendiciones al regocijado auditorio; era León XIII y le llevaban en la silla gestatoria, bajo las opulentas naves de San Pedro. Un banquero bilbaíno, que se había arruinado trayendo la ruina como secuela su demencia, trazaba en el aire cifras imaginarias, y lloraba y gritaba y pateaba de

rabia porque sus cuentas no le salían bien y porque se había equivocado en la suma. Un loquero paseaba, fumando, lejos del pelotón de locos, pero vigilándolos. La mañana era plácida y dulce; se oían las esquilas de un rebaño que marchaba a Alcalá, a pastar acaso en las fértiles vegas del Henares. La campana, vecina, de los Hermanos del Corazón de María, tañía con majestad. Un sordo rumor, ya quebrado por la distancia, opaco, se advertía en la dirección de Madrid.

Fernando tornó a asomarse al balcón. Estaba tranquilo, resignado, pero triste, muy triste. Llamaron a la puerta. El duque exclamó:

— ¡Adelante!

Era el viejo doctor del sanatorio. Tenía unos ojos azules risueños, una figurita exigua, una frente despejada y noble.

— ¿Cómo va, señor duque?, dijo tendiendo su mano, huesosa y larga, al recluido.

— ¡Ya lo ve, doctor!, dijo Fernando con tono de tristeza.

— He venido observándole, dijo con lentitud el viejo médico. Usted está bien. Ha tenido usted en el mundo, según los antecedentes que le trajeron, una terrible, una desenfrenada, una cruda franqueza para tratar las gentes de su rango, señor duque...

Hizo una pausa el doctor. Ofreció un cigarro al descendiente de los Arcos y López de Vergara. Continuó diciendo lentamente:

— Así es que, amigo mío, yo no puedo entretenerle más en el sanatorio. Llame usted guapas a las mujeres feas, inteligentes a los necios, hombres austeros y morales a los follones y galopines con que usted tropiece por el mundo. Es la terapéutica del doctor y el consejo de un amigo; créame. Y vuelva usted a su casa esta tarde.

Y hablaron después, largamente, de otras cosas el médico y el enfermo. Lució su despejo, su garbo, su donaire, el duque del Olivar.

— ¿Promete usted seguir mi tratamiento, señor duque?, insistió, dulcemente, el doctor.

— Lo prometo y le doy mi palabra de honor, repuso Fernando, dando fin a la plática.

* * *

Aquellos meses de reclusión dejaron honda mella en el espíritu de Fernando. Volvió al mundo, a la sociedad, sin esquinaces ya su carácter, amable y risueño, galante. Logró apagar a su retorno los viejos rencores que había despertado y armado contra él. Dijo las frases que dice todo el mundo. Las damas contaron con un caballero más. Los que temían su ingenio, al verle ya recostado, accesible, fueron los primeros en aplaudir su talento. Aquellas furias pasadas — ¡pobre Fernando! — no dejaban, tras de sí, el menor vestigio. Al conductor de muchedumbres le felicitó un día cordialmente, por los pasillos del Congreso, dándole su abrazo de amigo. Al usurero que hacía acopio de blasones nobiliarios, para tapar con ellos aquellas cuentas negras de las contratas del ejército durante la guerra carlista, le

preguntó una noche, en el salón de los barones de Sotillo, particularidades y pormenores para hacer, de común acuerdo, una operación bursátil. Había ahorrado el joven duque casi todas sus rentas aquel año y quería emplear el capital sobrante en la buena compañía de un hombre diestro. No había de ser todo eso de ir cortando cupones y de ir apurando la cuenta corriente del Banco de España, hasta que



El piropo, cuadro de Juan Cardona

la engrosara con un ingreso nuevo. Pero..., pero la marquesita de Talavera tenía para Fernando grandes desdenes desde que era como todos los demás, desde que decía las frases corrientes y se confundía con el estado llano de su círculo. Era evidente el desamor de la gentil marquesita. Cuanto más procuraba agradarle el duque, mayores pruebas de enojo y despego daba ella.



Las burlonas, cuadro de Juan Cardona

Y vino la explicación. La marquesita de Talavera replicó a Fernando ásperamente.

— ¿Me quieres?, exclamó colérico.

Calló la rubia con un gesto más despectivo que la misma negación. Y el duque — ¡ay, amigos míos! — el duque se volvió loco, pero loco de veras.

LA CACERÍA REGIA EN MALPICA

(Véase la lámina de la página siguiente.)

En la magnífica posesión que, en la provincia de Toledo, tiene el duque de Arión y en la que está enclavado el histórico castillo de Malpica, se ha celebrado una importante cacería a la que han concurrido, invitados por aquel ilustre prócer, S. M. el

Rey D. Alfonso XIII, los príncipes de Battenberg, el duque de San Pedro de Galatino, el duque de Castillejos, los marqueses de la Mina, Villavieja y Castelar, el conde de Gavia, el Sr. Santos Suárez y otras distinguidas personalidades.

Los expedicionarios salieron de Madrid el 25 de enero último por la noche y después de haber pernoctado en el tren, en una de las estaciones del trayecto, llegaron a las ocho de la mañana a Erustes, desde donde varios automóviles los condujeron a Malpica.

Inmediatamente comenzó la cacería, que duró dos días y se vio favorecida por un tiempo espléndido, habiéndose cobrado durante la misma 3.000 piezas, entre liebres, conejos y perdices.

S. M. y sus acompañantes llegaron a Madrid en la noche del 28 satisfechísimos de su expedición.

VALENCIA. — EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

(Véanse las láminas de las páginas 116 y 117.)

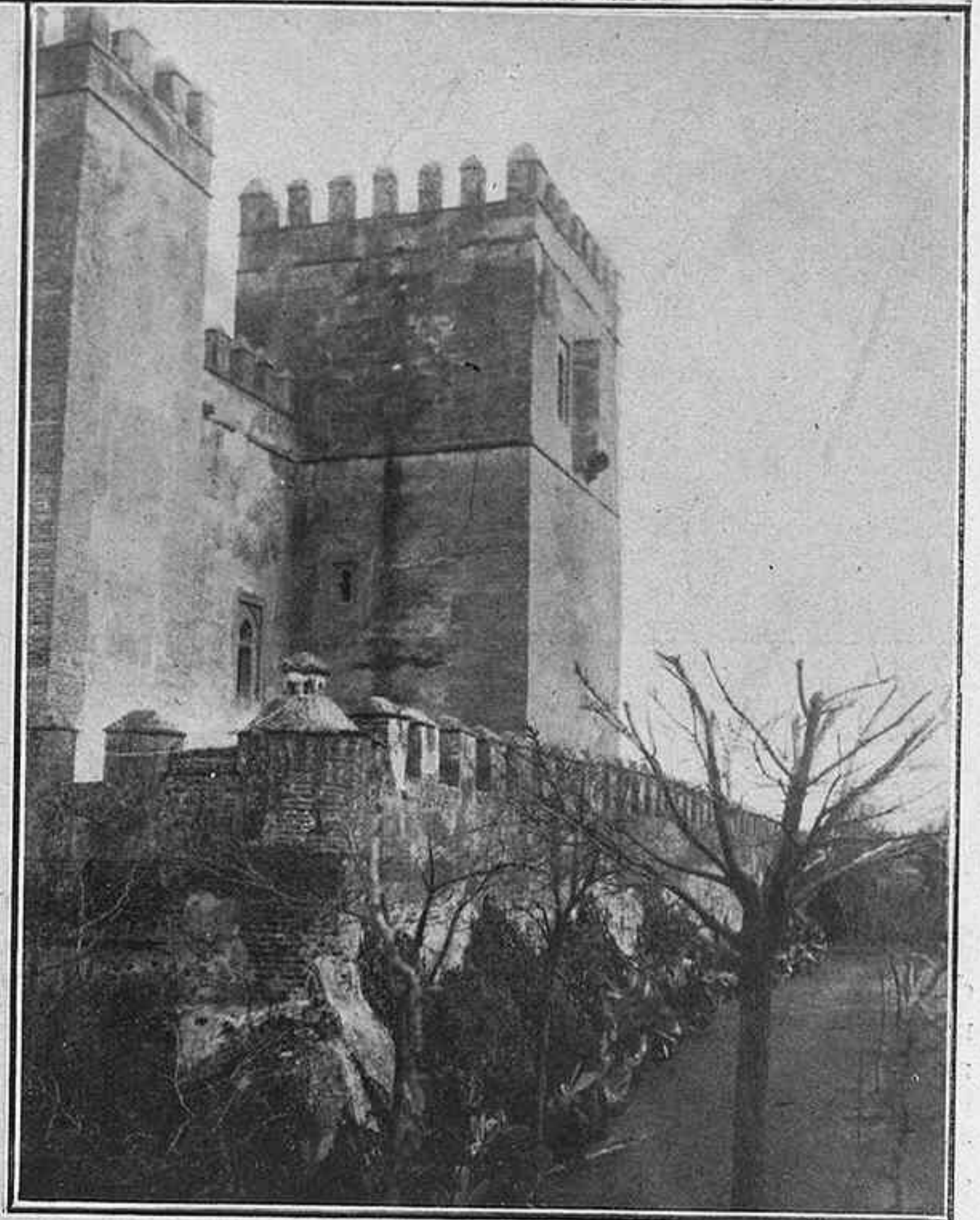
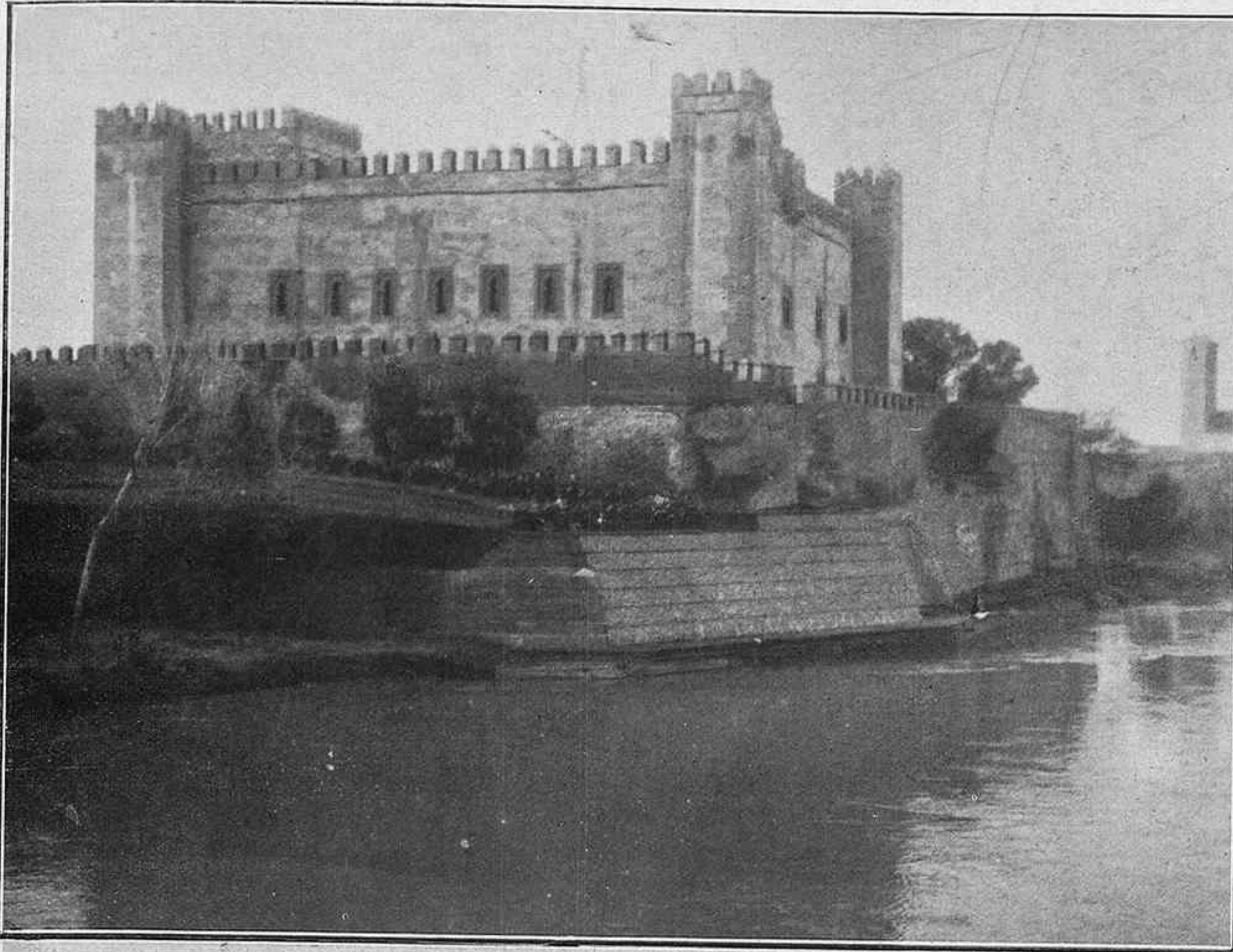
En el Círculo de Bellas Artes de Valencia y organizada por el mismo, se ha celebrado una exposición de obras de pintura, escultura y arte decorativo dadas a artistas valencianos, residan o no en la región, habiendo destinado aquella benemérita entidad para cada grupo un premio de 500 pesetas y cuatro de 100.

Al llamamiento del Círculo han respondido con entusiasmo los hijos de Valencia que cultivan las bellas artes, así es que en el certamen figuran hermosas producciones así de los veteranos que gozan merecida fama de maestros, como de los jóvenes que, con nuevas tendencias, nuevos ideales y nuevos bríos, luchan por conquistarse un renombre digno de parangonarse con el de aquéllos.

Los expositores que han concurrido a la exposición son: los pintores Agrasot, Albiol, Aliaga, Aldás, Andreu, Benlliure Gil (José), Benlliure Ortiz, Benito, Borrás Abella, Bovi, Carbonell, Claris, Corell, Ferrando, Fillol, G. Noella, Gil, Marco, Mellado, Mongrell, Muñoz Degrain, Navas, Otero, Pallás, Peris Brell, Petit, Pinazo, Ponce, Ramos, Rivelles, Sana, Sigüenza, Soler, Sorolla, Stolz, Vara y Verde; los escultores Alemany, Bolinches, Benlliure (Ma-

riano), Capuz, Marco, Pinazo Martínez y Vicent; y en la sección de arte decorativo, Aldás, Ballester, Caro, Cidón, Gil, Izquierdo, Justo Burillo y C.ª, Mellado, Ponce, Ramos, Roda y Sanchis. La exposición ha tenido un éxito grandísimo y por ello ha merecido muchos elogios el Círculo de Bellas Artes.

LA CACERÍA REGIA EN MÁLPICA



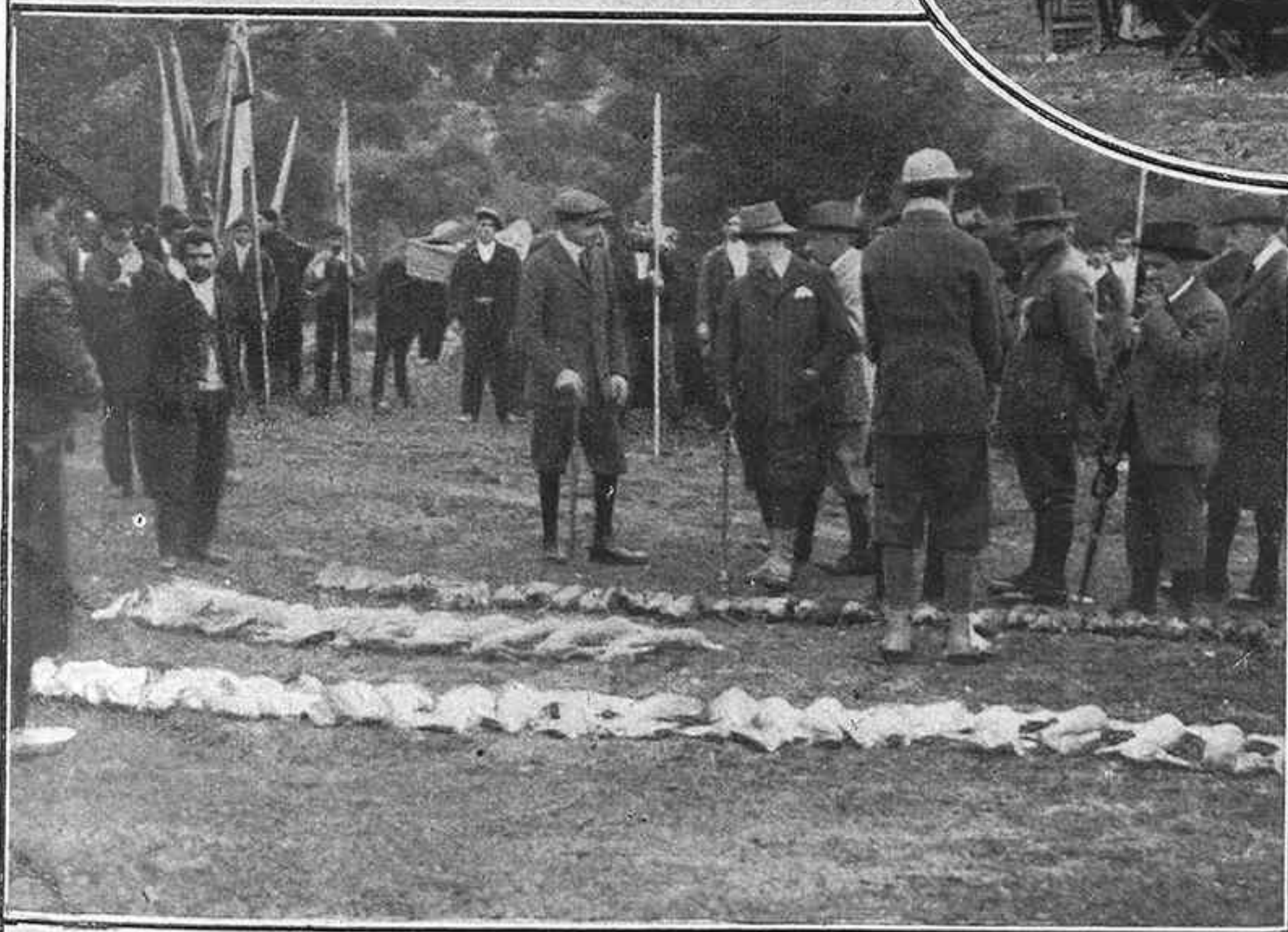
El castillo de Malpica, propiedad del duque de Arión, en donde se ha celebrado la cacería regia



El Rey dirigiéndose a uno de los cotos



El Rey en su puesto de caza



El Rey viendo el resultado de un ojeo. - El Rey y los invitados comiendo en el campo. - Conducción de la caza al castillo



(De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



ROBERTO DE ANJOU HONORANDO AL POETA PETRARCA, fresco pintado por Vicente La Bella para la nueva Universidad de Nápoles. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

FRESCO DE LA BELLA

PARA LA NUEVA UNIVERSIDAD DE NÁPOLES

A pesar de algunos defectos de estética y aun más de práctica de que adolece, según opinión muy general, la nueva Universidad de Nápoles, todo el mundo conviene en que este edificio, por la grandiosidad de su mole y por los méritos de su arquitectura, es digno de la fama casi milenaria de aquel establecimiento docente.

Pero era necesario que aquellas vastas aulas y aquellos inmensos corredores, fríos por la uniformidad blanquecina de las paredes y de los pavimentos marmóreos, se viesen animados por la intervención benéfica de los colores; y hasta constituía una necesidad moral que el templo dedicado a las ciencias, a las letras y al derecho, contuviese también, para que en él estuviesen representadas todas las manifestaciones del genio humano, una manifestación de las bellas artes.

Esta necesidad ha sido satisfecha merced a dos hermosos frescos pintados por Vicente de La Bella. Uno de ellos, instalado hace ya algún tiempo, representa el sacrificio de Hipatia, la célebre filósofa griega que en el año 415 de la era cristiana fué lapidada por el populacho de Alejandría y cuyos miembros despedazados, después de haber sido arrastrados por la ciudad, fueron quemados en el lugar llamado Cimarón. El otro, que ha sido terminado recientemente, es el que adjunto reproducimos y cuyo asunto representa un episodio de la vida del Petrarca. El excelso cantor de Laura escogió al rey de Nápoles, Roberto de Anjou, monarca de esclarecido genio y gran protector de las letras y de las artes, para que juzgase si era digno de recibir la corona lírica en el Capitolio. «Roberto — dice el propio Petrarca — fijó para este examen un día solemne, y me tuvo sometido a la prueba desde la mañana hasta la noche; mas como a medida que tratábamos cada materia, veíamos que ésta se acrecía, re-

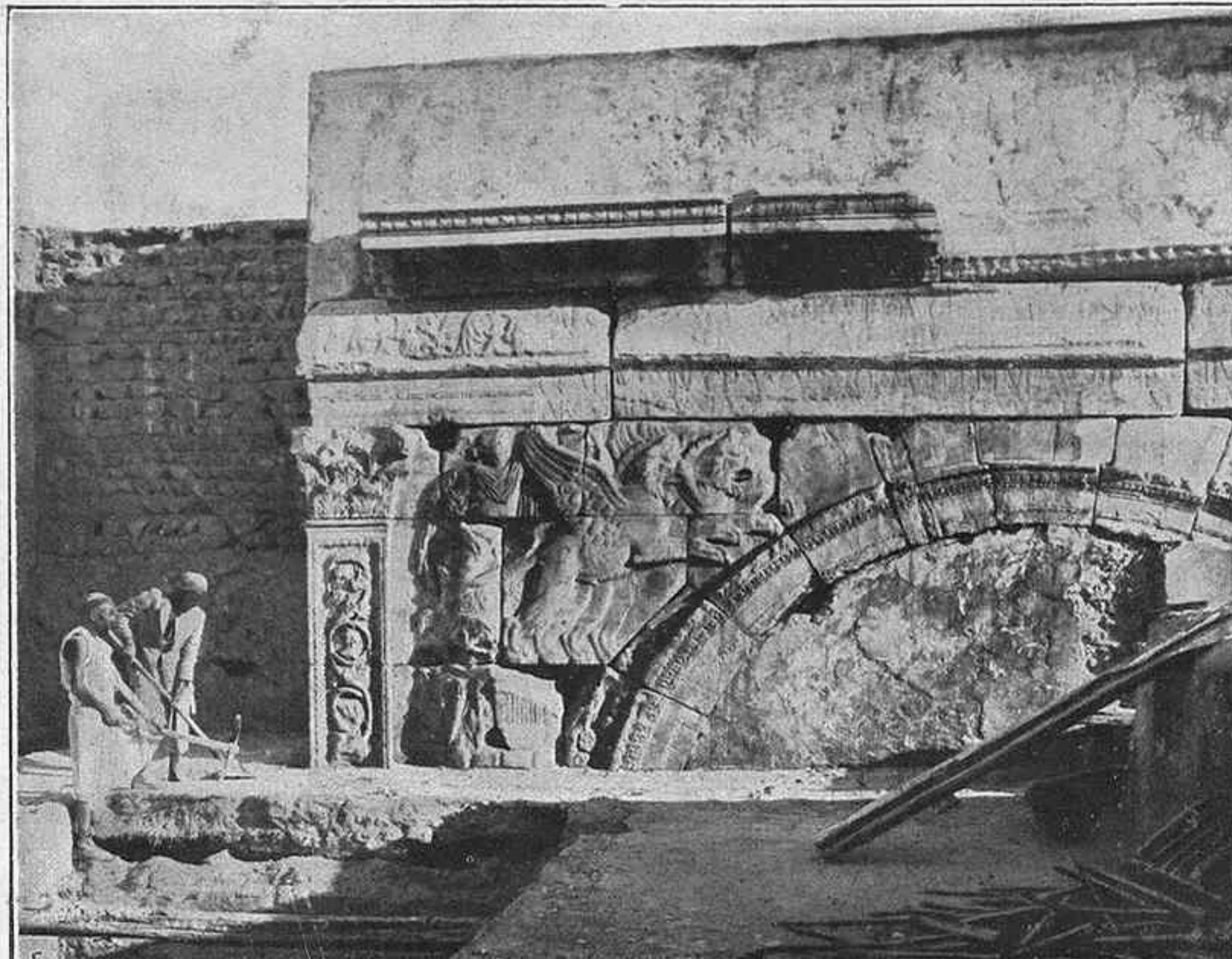
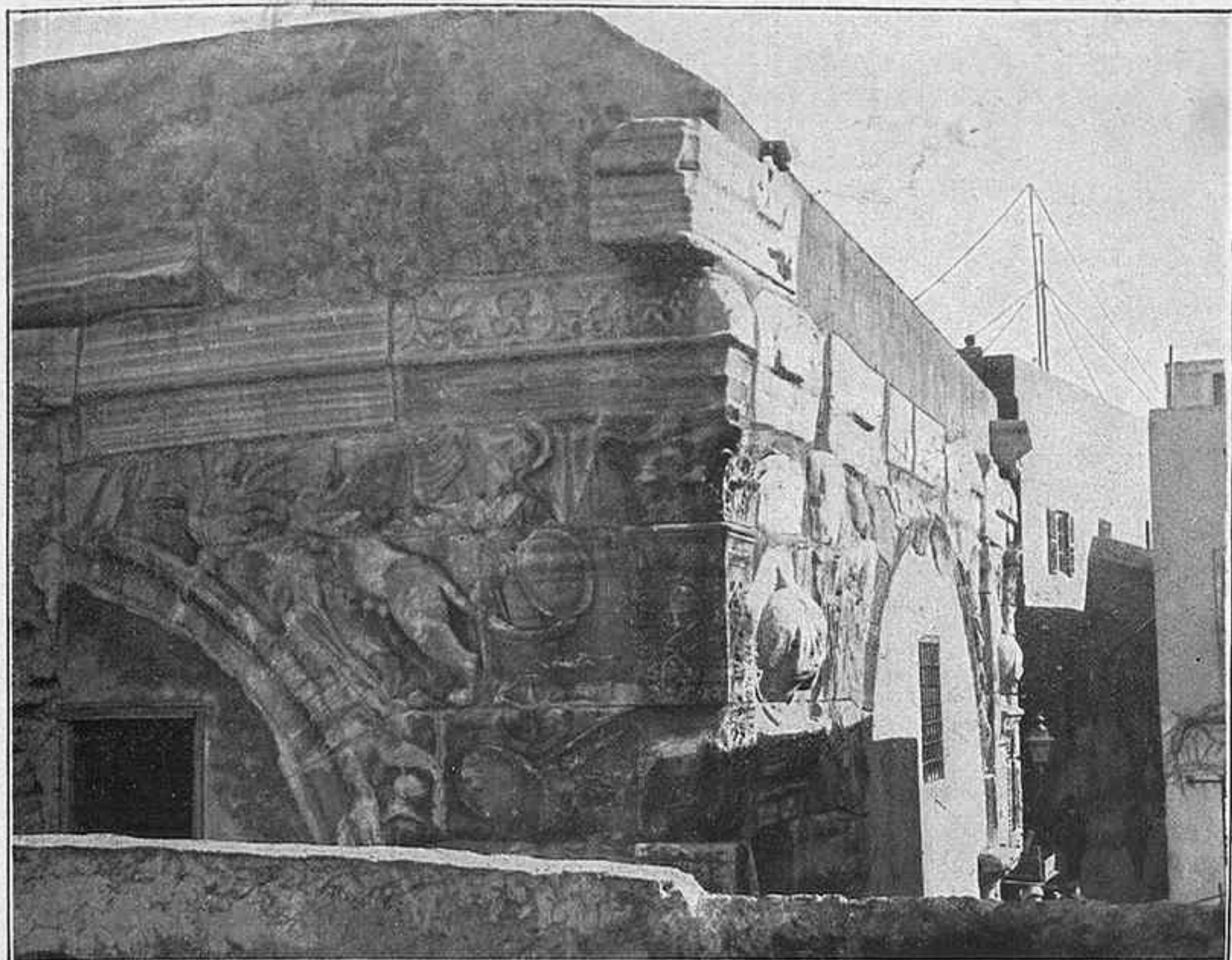
anudó el examen en los dos días siguientes. Así, después de haber sacudido, durante tres días, mi ignorancia, al tercero me declaró digno del laurel académico.» Terminado aquel examen, Roberto, en presencia de su corte, honró al Petrarca cubriéndolo con su manto de armiño.

En un espacio de diez metros de largo por unos tres y medio de alto, el pintor nos presenta la sala del trono, en donde la reina y su corte asisten a la honoración del poeta. Es un grupo solemne compuesto de unas treinta figuras, cada una de las cuales tiene vida propia y una significación especial. En el centro del fresco destacan las dos figuras principales: la del rey Roberto y la del Petrarca; a la izquierda, sentada en el trono, solemne y casi hierática, está la reina y, a sus lados, damas y señores en actitudes admirativas. A la derecha se ve a Boccaccio que murmura algunas frases, agradables sin duda, a María de Aquino, la que luego inmortalizó él con el nombre de Fiammetta.



LOS CINCO REYES EN MACKEDA, cuadro del pintor sueco Olle Hiortzberg. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

NUEVOS HALLAZGOS DE ANTIGÜEDADES ROMANAS EN TRÍPOLI



Parte recientemente descubierta del arco de triunfo de Marco Aurelio

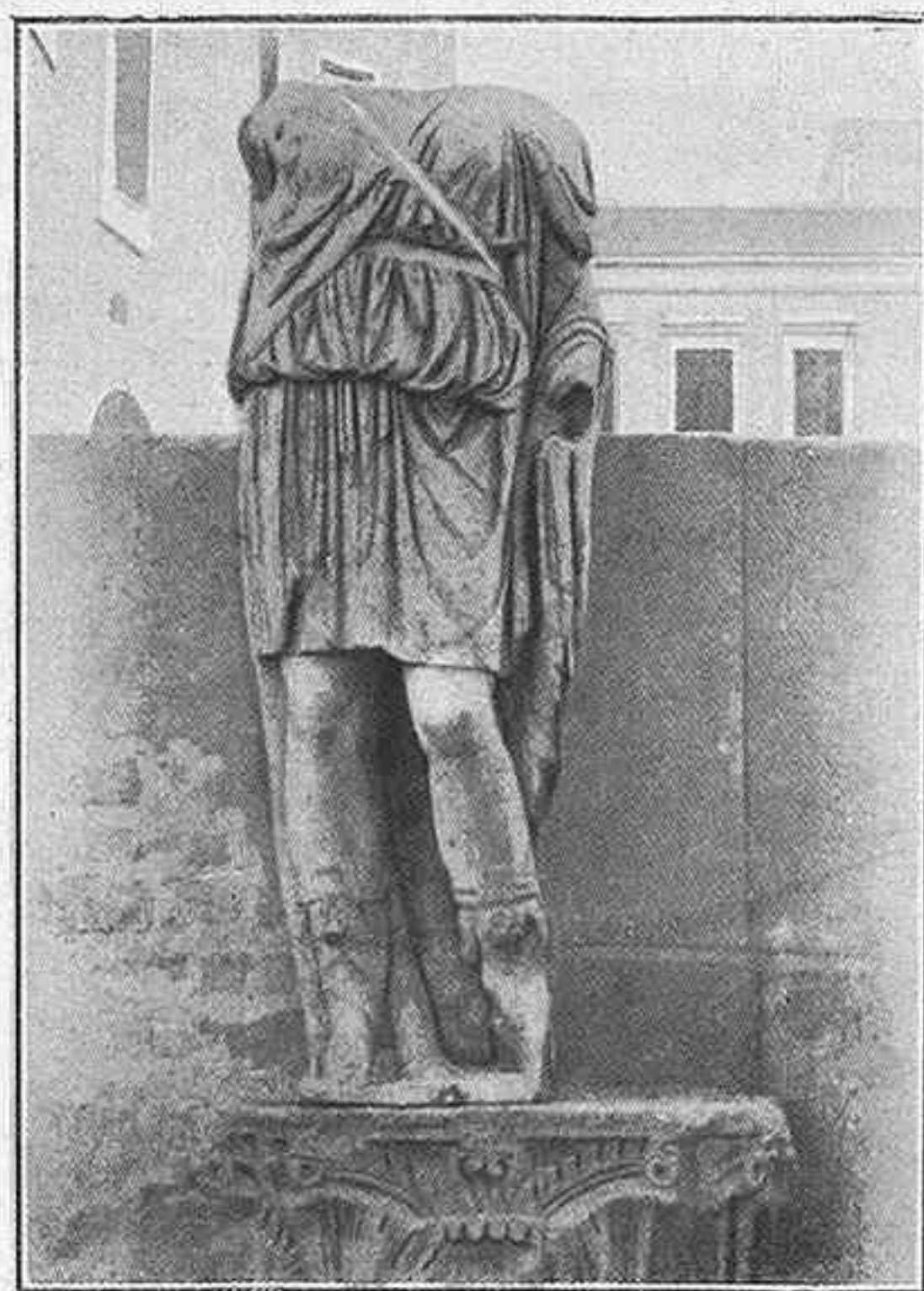
Otra parte del arco de triunfo de Marco Aurelio (lados O. y S.)

Apenas conquistada la Libia por el ejército italiano en la pasada guerra con Turquía, el Gobierno de Italia preocupóse en seguida por la cuestión arqueológica en sus provincias y envió a Trípoli una expedición de arqueólogos al frente de la cual iba el célebre profesor José Aurigemma y que, en un periodo relativamente corto, ha obtenido resultados de suma importancia.

Las provincias romanas de África, después de juzgados lentamente los territorios cartagineses y berberiscos, alcanzaron su mayor florecimiento bajo el gobierno de Septimio Severo en el siglo III de la Era cristiana, pues aquel emperador, que había nacido en Leptis Magna, cerca de Trípoli, hizo mucho en favor de su patria.

Pero antes de él, en tiempo de Marco Aurelio, la civilización había dejado sus señales indelebles en las florecientes ciudades de la costa africana del Mediterráneo; y hoy las huellas de aquella civilización han sido puestas al descubierto.

El arco de triunfo de Marco Aurelio en Trípoli es el monumento más rico y más importante de la soberanía romana en Libia y fué construído, según el modelo del arco de triunfo del foro romano, por un acaudalado ciudadano que quiso honrar a su emperador. La expedición italiana encontró este arco en muy mal estado; hallábase sepultado unos 20 metros en la tie-



Estatua que se supone de Diana

rra, a juzgar por la altura de los capiteles de las columnas, y en su interior se había instalado un cinematógrafo.

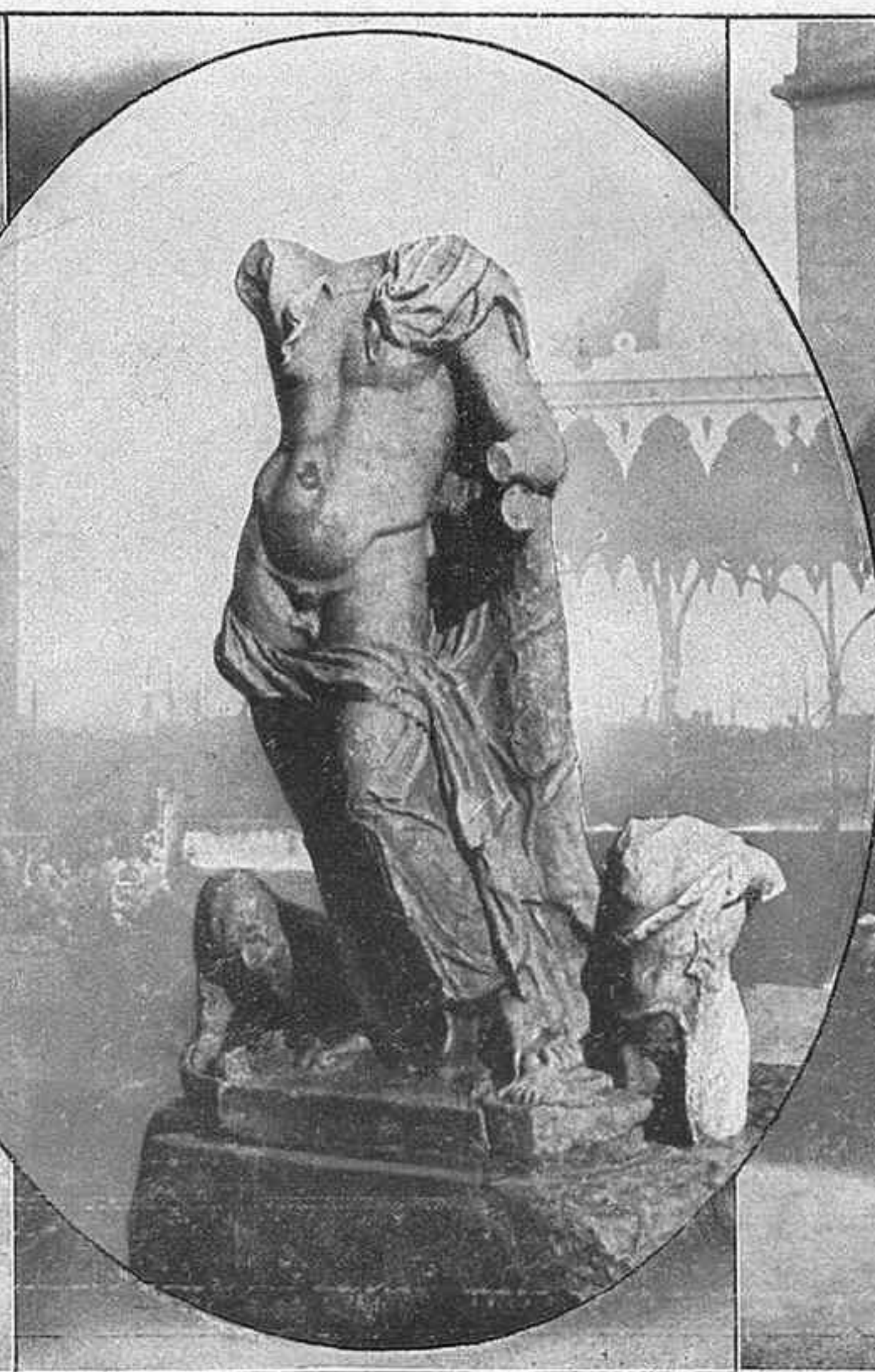
El general Salsa, comandante general de Trípoli, rescató, mediante el pago de 40.000 francos, el admirable monumento que, durante el gobierno turco, había sido adquirido por un árabe de Túnez. Inmediatamente imprimióse gran actividad a las excavaciones y las miserables casuchas que rodeaban por todos lados el magnífico arco, han sido derribadas, quedando alrededor del monumento un vasto espacio libre que permite admirarlo en toda su grandiosidad.

Interesantes testimonios de la escultura romana de las diversas épocas son las cuatro estatuas que se han encontrado en la ciudad y que los adjuntos grabados reproducen. Una de ellas especialmente, la de Dionisos, es bellísima y parece ser obra de un gran artista; las otras tres no han podido todavía ser exactamente identificadas. Una es un torso que probablemente perteneció a una estatua de Diana, aunque también pudiera ser la personificación de una provincia romana. Otra es el torso de una bacante o más probablemente de una bailarina. La última representa seguramente algún personaje histórico.

Todos estos objetos han de ser instalados en un museo que se proyecta crear en Trípoli. - S.



Estatua de una bailarina

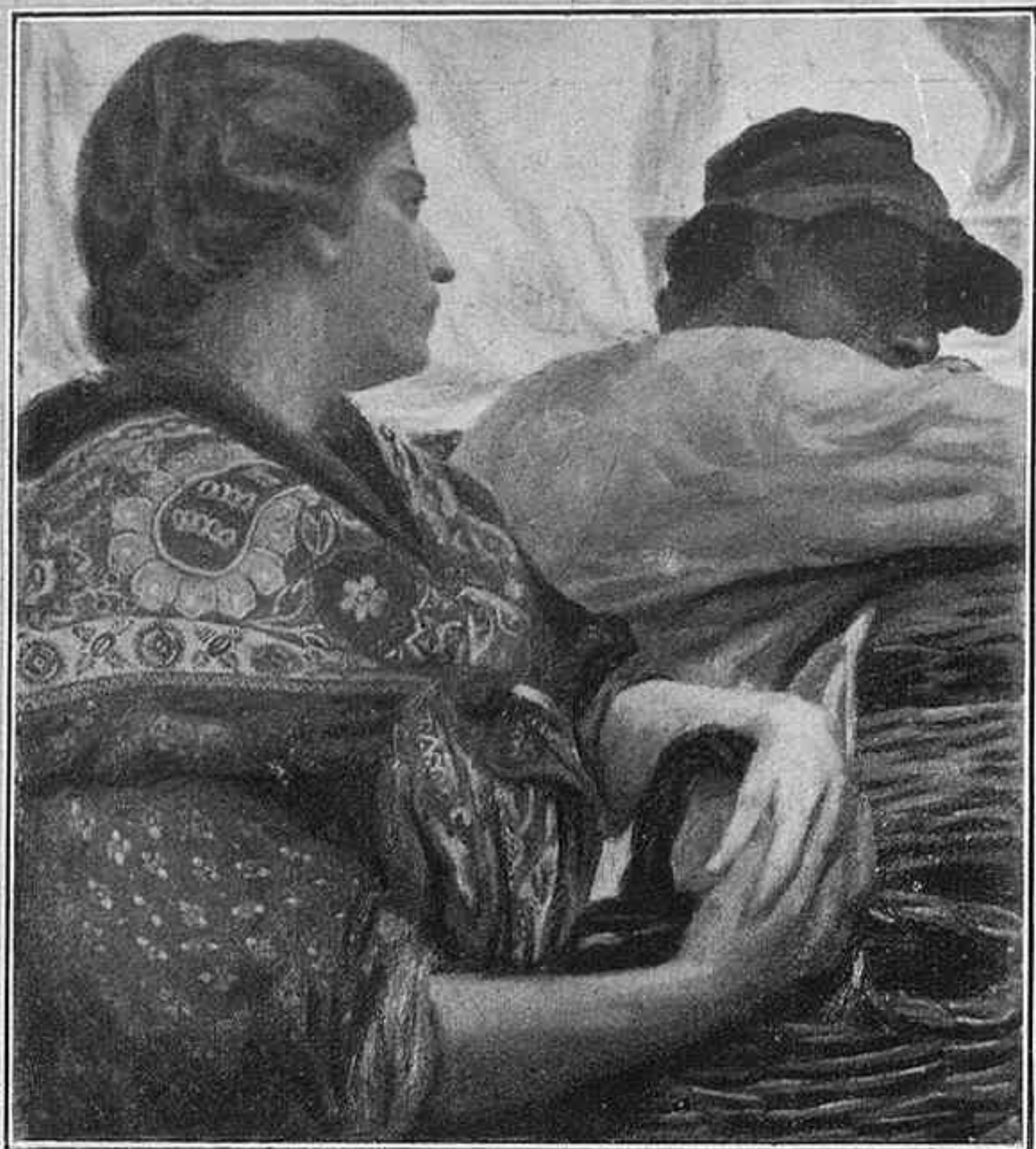


Estatua de Dionisos

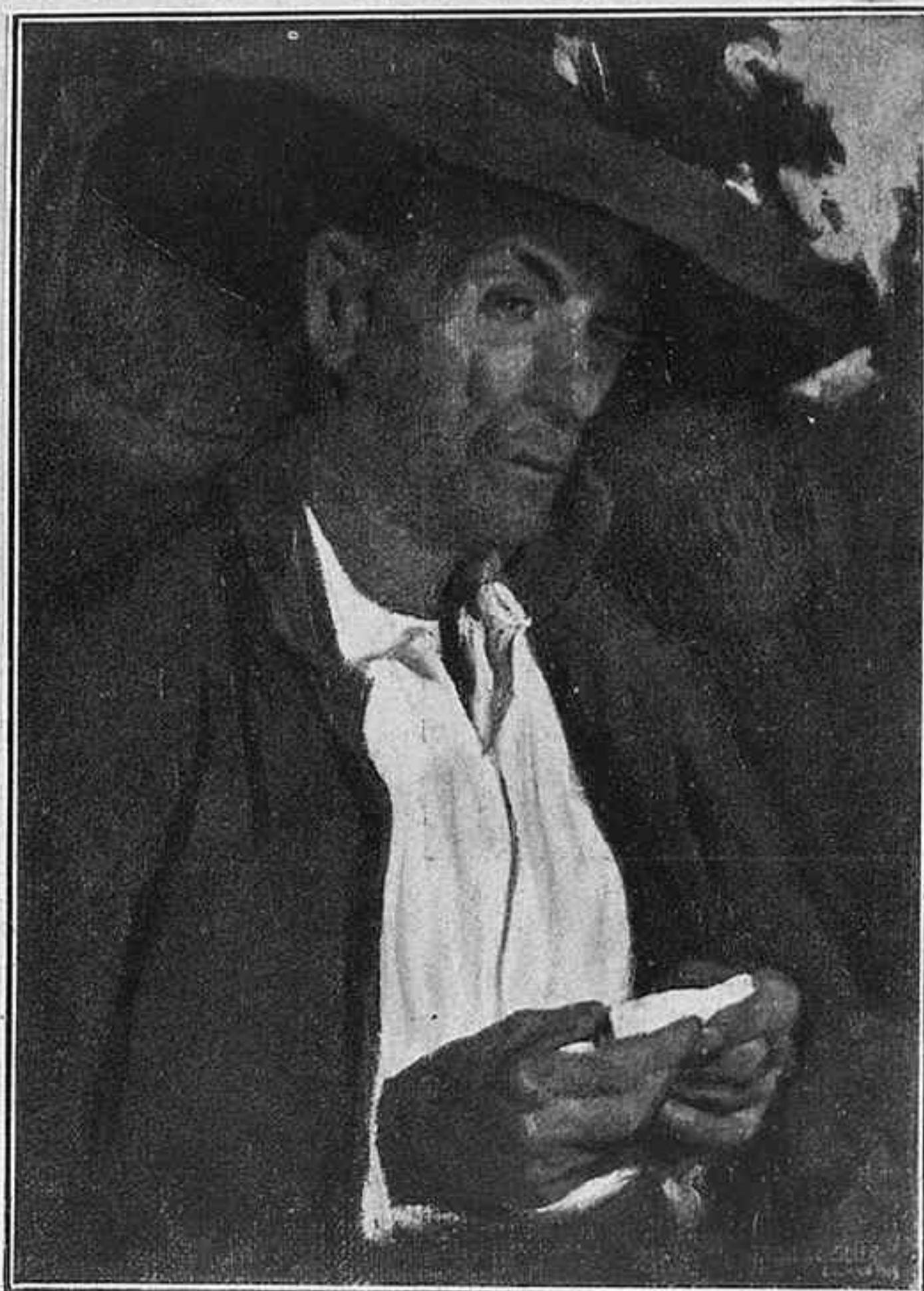


Estatua que se supone ser la de un personaje histórico

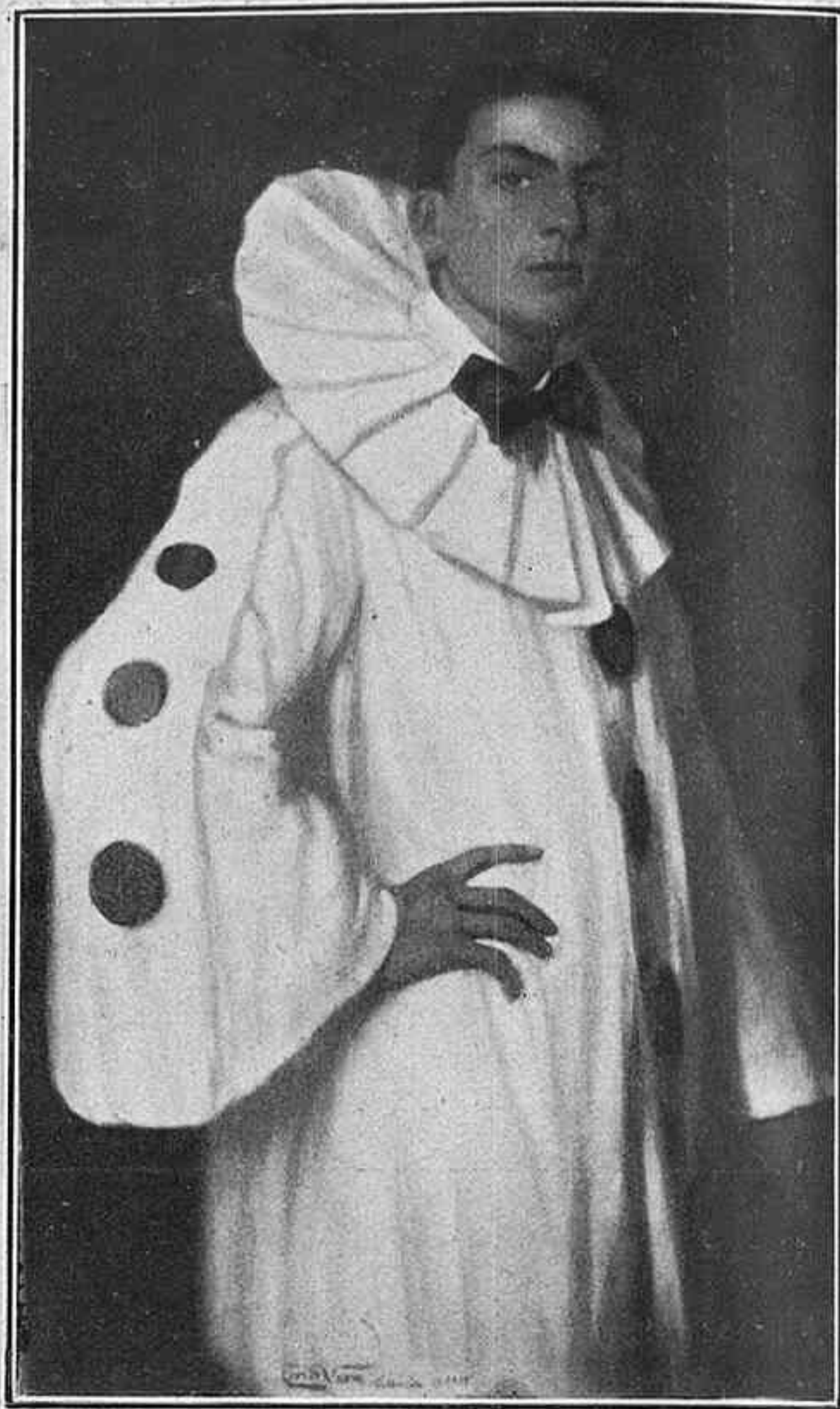
VALENCIA
CÍRCULO DE BELLAS ARTES
EXPOSICIÓN DE PINTURA, ESCULTURA
Y ARTE DECORATIVO



PESCADORES, cuadro de Rigoberto Soler



LABRADOR, cuadro de Rigoberto Soler



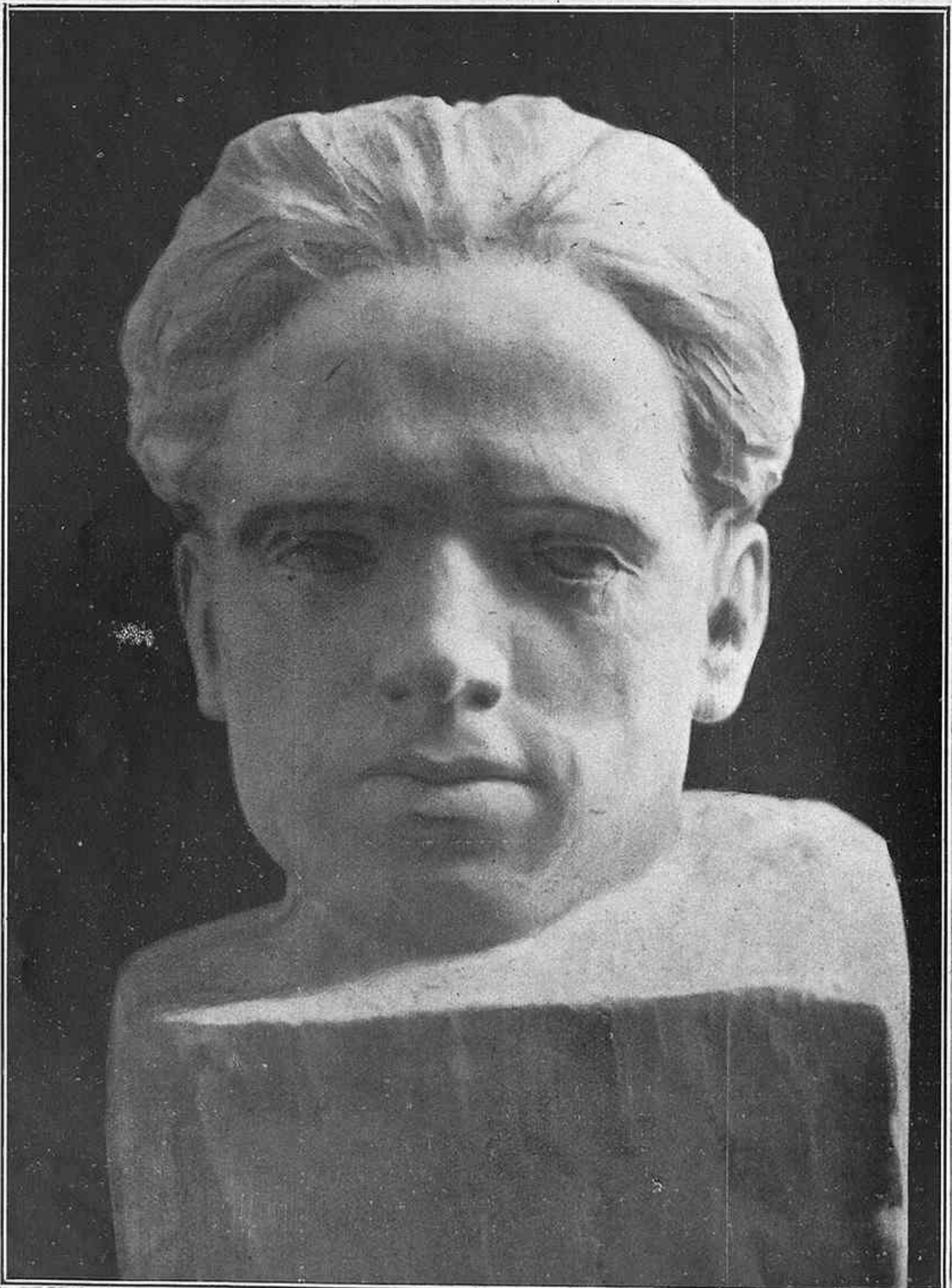
PIERROT, cuadro de Cirilo Vera



CLAUDINA, retrato pintado por Cirilo Vera

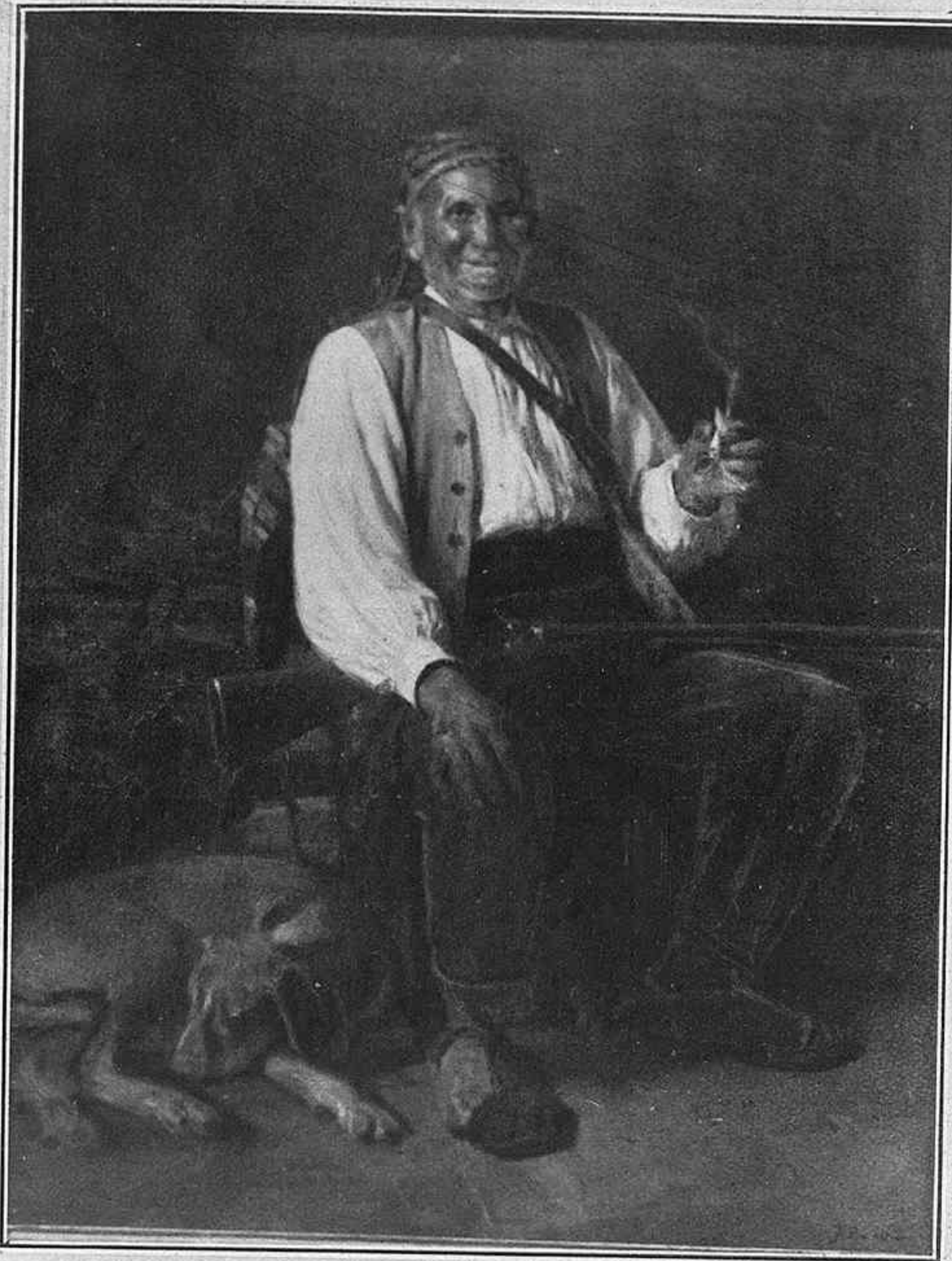


PASTOR ARAGONÉS, cuadro de Marco López



INTUICIÓN, escultura de Rafael Alemany

(Véase el artículo de la página 112.)



UN CAZADOR DE LA HUERTA, de José Benlliure



VALENCIANA EN TRAJE DE FIESTA, de J. Benlliure Ortiz



CLARAVIESA, cuadro de Joaquín Pinazo



ESTUDIO, cuadro de Manuel Benedito

(Véase el artículo de la página 112.)

PARÍS. — MONUMENTO A EDUARDO VII

Hace pocos días se ha inaugurado en París el monumento que adjunto reproducimos dedicado a la memoria del soberano inglés que tan entusiasta admirador fué de la capital de Francia. Se levanta en la plaza en donde desemboca la nueva calle de



París. — Monumento al rey de Inglaterra Eduardo VII, obra del escultor Pablo Landowski, recientemente inaugurado. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Eduardo VII, abierta recientemente, y consiste en una estatua ecuestre erigida sobre un pedestal en el que se lee la siguiente inscripción: «Eduardo VII, Rey del Reino Unido de Gran Bretaña y de Irlanda y de los territorios británicos de allende los mares. Emperador de las Indias.» La estatua, obra del escultor Pablo Landowski, representa al monarca en traje de feldmariscal, con el bicornio de plumas y la capa y montado en su caballo favorito.

El día de la inauguración, las citadas calle y plaza hallábanse empavesadas con banderas inglesas y



Villacoublay. Experimentos de telegrafía óptica en aeroplano. — Vista del aparato instalado en un biplano Breguet. (De fotografía de M. Rol.)

francesas, y en un estrado puesto junto a la estatua se situaron el embajador de Inglaterra Sir Francisco Bertie, los miembros del Cuerpo Diplomático, los representantes del gobierno y de las Cámaras de Comercio británica, americana y de París, los delegados del Consejo municipal y del Consejo general, y numerosos invitados. Después de descubrir el velo que ocultaba la estatua, los Sres. Oudin, exvicepresidente del Consejo municipal, y Wiener, presidente de la Sociedad de la calle de Eduardo VII, pronunciaron discursos que fueron muy aplaudidos.

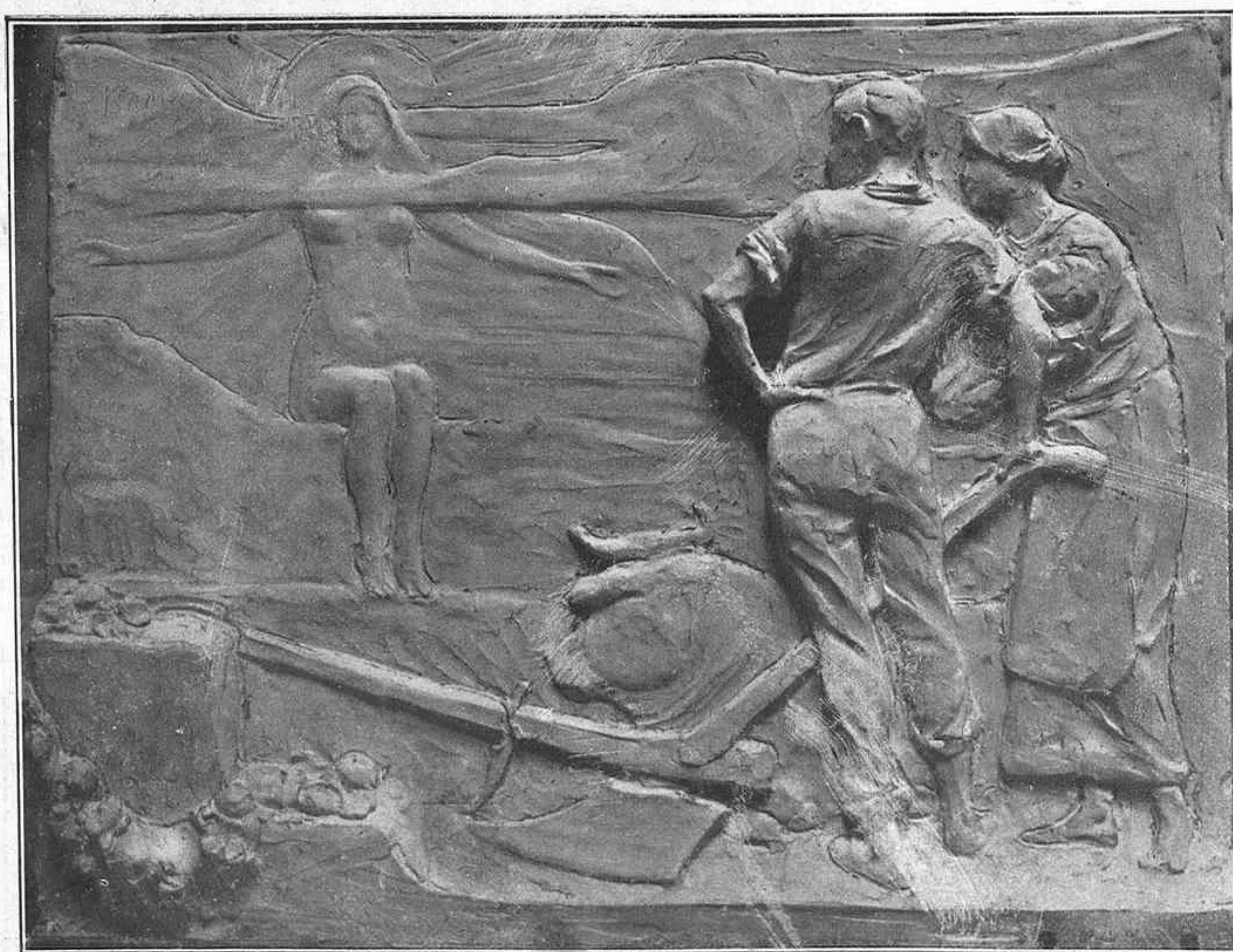
LA AGRICULTURA, RELIEVE DE R. BADÍA

En el concurso recientemente celebrado por nuestra Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes para la concesión de bolsas de viaje entre los alumnos de la misma, ha obtenido un premio de 500 pesetas, en la sección de escultura, D. Rafael Badía por su relieve *La Agricultura*. Esta obra, a pesar de su carácter abocetado, demuestra las excepcionales cualidades que adornan a su autor: la idea está bien concebida, las figuras están vigorosamente modeladas y los bueyes, el arado, los frutos, apuntados con gran acierto, contribuyen a la armonía del conjunto de la composición.

TELEGRAFÍA ÓPTICA EN LA AVIACIÓN

En el aeródromo de Villacoublay se han efectuado hace pocos días ensayos de telegrafía óptica en

aeroplano. El aparato empleado al efecto, que pesa cuatro kilogramos y está instalado en un biplano Breguet, se compone de un tubo colocado en el sentido de la marcha y en el cual el viento de la hélice provoca una violenta corriente de aire; en comunicación con este tubo, por medio de una válvula, hállase un depósito de negro de humo. El operador, modificando la apertura de la válvula, provoca proyecciones más o menos largas del negro de humo que constituyen otros tantos signos convencionales de letras o palabras, fácilmente descifrables desde tierra. La aeronáutica militar francesa ha nombrado una comisión para estudiar y ensayar el aparato.



La Agricultura, relieve de Rafael Badía García que ha obtenido un premio de 500 pesetas en el concurso para bolsas de viaje abierto por la Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes de esta ciudad. (De fotografía de F. Serra.)



Monumento a la reina Luisa de Prusia, obra de G. Elster, recientemente inaugurado en Weissensee. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

MONUMENTO A LA REINA

LUIA DE PRUSIA

En Weissensee, cerca de Berlín, se ha inaugurado recientemente este monumento dedicado a la reina Luisa, esposa de Federico Guillermo III de Prusia.

Sabido es que éste, expulsado de Berlín en 1806, al ocupar su reino Napoleón I, residió largo tiempo en Memel, de donde no regresó a su corte hasta 1809. La reina Luisa, al volver del destierro, y antes de entrar en Berlín, permaneció una larga temporada en Weissensee.

En conmemoración de este hecho, se ha levantado allí el monumento a la soberana, por la cual siente singular admiración el actual emperador Guillermo II.

AMBROSINA (CADET OUI-OU)

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR CLAUDE LEMAITRE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT



I

— ¡Confiar al mar lo mejor que uno tiene!.. ¡Ah!, ¡mi buena, mi querida amiga!..

María Saleta compadecía a Rosa Malot. Viudas de marinos náufragos, tenían una y otra un hijo único, y se comprendían.

— Puesto que tu hijo tiene instrucción, prosiguió María, debe sacar provecho de ella... ¿Por qué no trabaja en las oficinas de la Aduana como mi Juan? Ganaría sus cien francos mensuales muy tranquilo, bien sentado, al abrigo de los temporales. Además, ni tú ni yo somos de lo más pobre que hay en la marina, y podemos soportar el peligro de una ganancia menor... ¿Un poco más de café, Rosa?

María se levantó y llenó la taza de Rosa. A su amiga, flaca y de gestos decididos, Rosa, más gorda y más blanda, no sabía rehusarle nada.

¡Sin embargo Rosa era todavía muy capaz!.. Era hábil y sacaba partido de todo. Salaba y secaba al humo arenques que vendía en el mercado; en verano, alquilaba parte de su casa a los forasteros; compraba corcho en los barcos portugueses, lo cedía luego a los patronos de pesca; hacía acopio de limones que vendía a los tenderos de comestibles, y con todo esto realizaba pingües beneficios. Y, además, ¿no le esperaba una buena tajada?, ¿la herencia de su padre Nicolás Tetard, quien, según decían, tenía cuartos?..

Los Malot-Tetard eran tenidos en mucha estima, pues las ideas de virtud y de riqueza se confunden fácilmente en el espíritu de las gentes que cuentan las ganancias de los oficios de mar y de la costa.

¡Qué de actividad, qué de valor, qué de paciencia no se necesita para economizar!..

Rosa meneó la cabeza y dijo modestamente:

— Cada cual conoce el fondo de su bolsillo; hay que vivir y dejar que vivan los demás; el dinero cuesta de ganar, y con demasiada frecuencia lo que se coge con una mano se deja escurrir con la otra. En cuanto a mi hijo, no es una damisela como tu Juan. Tú tienes suerte, María. El mío ha ido a la escuela, es verdad; pero no le ha dado por la escritura. Es un intrépido; el mar le acechaba, tiene demasiada osadía. Habla a cada instante de desembarcar, y, sin embargo, se contrata. Cuando no es el arenque es la sarda o el bacalao. Siempre vuelve a las andadas. Créeme, necesitaría algo o alguien que lo retuviese en tierra...

— ¡Ah!, suspiró María Saleta, pobre Rosa, no has sabido maniobrar; pero tú no habías pasado por las mismas pruebas que yo. Yo aun daba el pecho a mi Juan, cuando me trajeron el cadáver de mi marido sobre el catre de la Aduana; mi leche se alteró convirtiéndose en tisana amarga para mi hijo, y conservé el valor de vivir para él. El día en que fui al cementerio a depositar la primera corona sobre la tumba de mi esposo, Juan dormía en mis brazos y, desde lo alto del acantilado, dije al mar: «No me lo arrebatarás.» ¡La palabra de María Saleta vale la de un hombre, Rosa!..

Rosa meneaba la cabeza; a decir verdad, apenas oía las palabras de María. Seguía su pensamiento, jenteramente preocupado de su Pedro!..

— El dedicarse a la venta de pescado fresco, dijo ella, quizás le gustaría; ¡pero es tan joven! ¡Mira tú qué riesgo!.. Si tuviese la suerte de decidirse hoy, renunciaría al mar, y no partiría al servicio de la marina el año que viene. Tu Juan fué declarado exento... ¡Qué suerte tienes, María!.. Después de eso, el mío prestaría servicio en Saint-Omer, servicio de tie-

rra..., es una suposición. Yo lo vería con frecuencia y podría enviarle pescado, golosinas, y, además, eso duraría solamente dos años, dos años justos. Mientras que en la escuadra se sabe cuándo parten, pero no cuándo vuelven. ¡Ah!, si al menos, en todo eso, no tuviese yo el abuelo Nicolás en contra mía... ¿Querrás creer, María, que mantiene a su nieto en las ideas del tiempo antiguo, ideas de dialecto y de marina? Soy digna de lástima. ¡Si al menos encontrara yo quien me ayudara! Yo no soy osada como tú. ¡No siempre sé disputar y defenderme!

María quedóse ensimismada. Tranquila, grave, con los ojos bajos, esperó. ¿No vendría nunca aquella confianza que esperaba? Rosa tenía bastante malicia para desconfiar si ella la preguntaba directamente.

— Otra tacita de café con un poco de ron, dijo a Rosa; no hay como esto para reponer el corazón. Después de todo, sólo tenemos el bien que nos proporcionamos.

Una sonrisa animó la cara redonda de Rosa.

— Cuando se trabaja, hay que sostenerse, aseguró ella; no soy de las que se privan de lo necesario; ande yo caliente y riase la gente. En mi casa se come costilla de buey y torta todos los domingos.

María se mordió el labio inferior. Contra-maestra en un taller de redes, ganaba veinte francos semanales. Carecía pues de medios para tener una boca tan ambiciosa: así es que despreciaba la glotonería. Aquella sobriedad le conservaba el talle fino y la inteligencia ágil. Toda buena costumbre voluntaria u obligatoria conduce a la ventaja del bien y de la senseatez.

Sin duda María no tenía ganas de censurar a Rosa puesto que exclamó:

— Tienes razón, Rosa, en no atormentarte como yo; así te encuentras a los cuarenta y cinco años, fresca como una muchacha. Tu hijo se te parece... ¡qué guapo mozo se ha hecho! Levantará de cascos a más de una.

Rosa, muy halagada, se relamía de gusto.

— Es todo el retrato de mi difunto Pedro, murmuró enternecida. A veces me parece que le estoy viendo. Su hijo tendrá seguramente partido con las muchachas. Yo estuve locamente enamorada de mi marido. Sin embargo, bien lo sabes, María, yo no soy ninguna exaltada. Pues bien, si mi padre me lo hubiese negado, yo hubiera entrado en un convento. Al principio no quería. Los Malot eran de allá arriba; del Calvario; todos marineros, y ni uno solo levantó la cabeza de la familia llegando a patrón o a piloto. ¿Qué te diré?.. Yo le quería, y de nada me arrepiento. No perdono al mar el habérmelo quitado. ¡Y pronto hará diez años de eso! ¡Qué viudez!.. Ningún otro hubiera podido consolarme. ¡Cuando mi hijo se haya casado y tenga una situación, podré ir a reunirme con él en el Paraíso!

— ¡Tú vivirás cien años, Rosa!..

La emoción atacó a Rosa. Ya se veía tendida en su féretro de roble, y aunque pareciese desear el reposo final, la idea de la muerte la entristecía tanto que, para sacudir tan fúnebres preocupaciones, bebió a pequeños sorbos todo el contenido de la taza.

— Hablas de casar a tu hijo, replicó María; deja, que ya se casará solo; es bastante voluntarioso para seguir la inclinación que tarde o temprano le arrastrará.

— Sí, eso es, replicó Rosa animándose, un muchacho que reúne todas las cualidades para agradar, y un buen partido, después de todo, una moza cualquiera me lo robaría. Una moza que quizás no sabría ni podría guiarme, ni ayudarme, ni arrancarlo al oficio que quiere y que será su perdición... No, María, tú tienes un hijo y sabes lo que quiero decir. Cuando una ha criado y educado a un hijo ha cumplido la mitad de su deber; falta preservarlo de las locuras de la juventud y encontrarle la mujer que le conenga.

— Tu padre no tuvo más remedio que darte por marido a tu Malot, insinuó María.

— Pero, amiga mía, no es lo mismo, exclamó Rosa con exaltación.

El interés de la conversación y el café con ron la arrastraban.

— No es lo mismo, repitió acalorada. Mis padres se olvidaron de guiarme por el buen camino. No eligieron para mí; así es que me serví yo misma. Yo tenía veinte años y me hablaban como se habla a una chiquilla. Con Pedro andaré más lista. Antes de que se enamore, le encaminaré hacia una muchacha que reúna todas las cualidades. Una muchacha demasiado buscada por todos los mozos para que ella no los quiera. Una muchacha seria, capaz, y, por añadidura, muy guapa. ¡Esa sí que conoce el pescado! Tiene cinco años más que Pedro, pero esto no me preocupa. Con una muchacha madura, hay más probabilidades de ser feliz. En fin, María, tú y yo somos compañeras de comunión, contigo no me andaré con tapujos, tú serás la primera en saberlo. Cuento pedir pronto para mi Pedro la entrada en la casa de los Papin-Sauvage...

María encerró la botella de ron y retiró la cafetera. Era pues cierto lo que ella suponía. La bella Catalina Papin, que deseaba para su Juan, ¿se casaría con Pedro Malot?.. Pero un matrimonio en proyecto no es cosa hecha. No, Rosa no tenía aún a la buena moza...

* * *

— Si no estuviese yo aquí para defenderte, dijo, por la noche, María Saleta a su hijo, no te dejarían más que los ojos para llorar. Esta mañana he confesado a Rosa; su hijo no tardará en entenderse. Date prisa, hijo mío; si no, esta buena ocasión se te escapará. Catalina te conviene, no digas que no, y sé que te gusta. Tienes que ir al baile, acecharla cuando viene del mercado, ser jovial, procurar agradarla...

Juan miró a su madre con ojos espantados. ¿Qué quimera bullía en la cabeza de su madre? Le hablaba de aquella Catalina por primera vez. Era un asalto brusco.

Con Juan, María siempre procedía autoritariamente, imponiéndole así gustos, preferencias y deseos que no tenía. Con frecuencia Juan no se defen-

día mucho, porque si no compartía las ideas de su madre, no tenía ninguna opinión personal que oponerle. Desde la infancia, era una lenta penetración de la voluntad de María Saleta en el alma y en el cuerpo de su hijo. Como muchos hijos dirigidos con demasiada seguridad por su madre, Juan estaba ya cansado y acobardado, había vivido toda una existencia de mujer a un tiempo temerosa, ambiciosa y a menudo desengañada.

fortuna, y las barcas se inmovilizan a la vista del puerto.

Juan bostezó y estiró sus brazos delgados. Los días y los años se sucedían, se adelantaban..., el nuevo se tragaba siempre al último... Y pare usted de contar. Nada cambiaba en la tierra y bajo la capa de los cielos. La noche oscura sucedía al día claro; Juan se levantaba, comía, partía a su oficina, volvía, comía y dormía. No tenía nada que conquistar, nada que defender, ni siquiera su vida, puesto que le importaba poco.

A veces, como aquella tarde, miraba un instante la subida del flujo, admirando aquella fuerza del mar que destruye y crea sin tregua; que minaba el acantilado, ahuecaba la roca y a veces, también, en las horas de cólera, contrariada en sus designios por los trabajos de los hombres, se llevaba el gran dique de piedra. Juan era bastante instruido para conocer algo del misterio de su corazón maravilloso, corazón incansable de amar, en el fondo del cual germinan y se robustecen todas las semillas de la vida.

Sin embargo Juan ignoraba aquel mar, nutridor directo de su sangre y de su raza; no había sido nunca grumete ni mariner; ya no sabía tener el deseo de vivir o morir por ella.

Bostezó otra vez, estiró de nuevo sus brazos flacuchos y subió a acostarse.

Un sueño ligero continuó más bien que interrumpió el curso de su existencia libre de emoción y privada de fatiga.

II

Catalina Papin, apellidada «Bella-Gracia» en la pescadería, justificaba este apodo.

Su fina cabeza se mantenía muy firme sobre su busto vaciado en un corpiño ajustado: la vasta aureola de su cofia planchada a pliegues de canutillo servía de marco a su rostro blanco y rosado; sus cabellos, partidos en dos cocas, escalonaban sobre su frente y sus sienes los dentellones de tres ondas simétricas; recogidos detrás de las orejas, se perdían en la cofia. La fisonomía correcta de Catalina era suavizada por el rítmico movimiento de sus párpados provistos de largas pestañas y por el juego de sus pupilas de expresión zalamera.

Los pintores, que visitaban la población durante el verano, iban al mercado para admirar a Catalina. Pero, si no le compraban nada, la bella pescadera los acogía con indiferencia. No valían más que esos míseros rentistas de la localidad que, por las tardes, van a disputarse la morralla de desecho. Los pobres se gastan algunos cuartos, y se regalan con una cena copiosa.

Escoger un pescado equivale a escoger su clientela. A Catalina no le gustaba tratar sino con gente distinguida. En la subasta de la mañana sólo compraba pescado de la mejor calidad.

Rodaballos y meros, de vientres anchos y cabezas pequeñas, en que no hay desperdicios; lenguados, falsos modestos de piel gris; pequeños mujiles rojos, de sabor exquisito; labros tan bien cosidos de arriba abajo en su traje de lentejuelas; Catalina monopolizaba lo más selecto.

El salmón y las truchas jaspeadas, Catalina lo recibía de Escocia, y sus ostras, de Cancale; pero sus conchas eran tan anchas y el buen bocado interior tan gordo, que con la ayuda de una sonrisa Catalina las daba por *marenes* blancas.

Los grandes fondistas del dique, los cocineros y señoras de la rica colonia veraniega, las cocineras de los burgueses acomodados y de buen paladar, se proveían de Catalina, que los recibía con una dignidad de buen tono. Segura de sí misma, segura de su pescado no forzaba la venta. El dinero que le tendían en pago de su mercancía y los cumplimientos sobre su elegante talle eran aceptados con el mismo aire condescendiente, gracioso y contenido.

Cada mañana su madre la acompañaba al mercado, la miraba con ojos de perro sumiso y ejecutaba los trabajos más pesados para evitárselos a Catalina; vaciaba el pescado y limpiaba el puesto de venta.

Sin embargo, cuando los compradores eran numerosos, Catalina, sin repugnancia alguna, metía sus afilados dedos hasta el fondo de las entrañas, y arrancaba las agallas y las pieles. La gracia de sus gestos, la nobleza de sus actitudes preservaban su elegancia. Una sonrisa revoloteaba sobre sus finos labios: era un juego cruel que parecía divertir a una



Su fina cabeza se mantenía muy firme sobre su busto...

— No tengo ganas de casarme, atrevióse a decir Juan.

— Tú no sabes hacer feliz a nadie, ni a ti ni a los demás, gritó María despechada. Juan se sonrió.

La madre se engañaba. No tenía la menor intención de sentirse desgraciado ni de buscar mayor felicidad.

— ¿Pedro navega?, preguntó Juan.

El rostro de María se serenó. Cuando pedía informes del otro, era que Juan tenía celos. Todo iría bien; Catalina preferiría seguramente su hijo, un señorito de levita a un rústico mariner.

— El *Surcouf* ha llegado y no vuelve a partir hasta dentro de tres días.

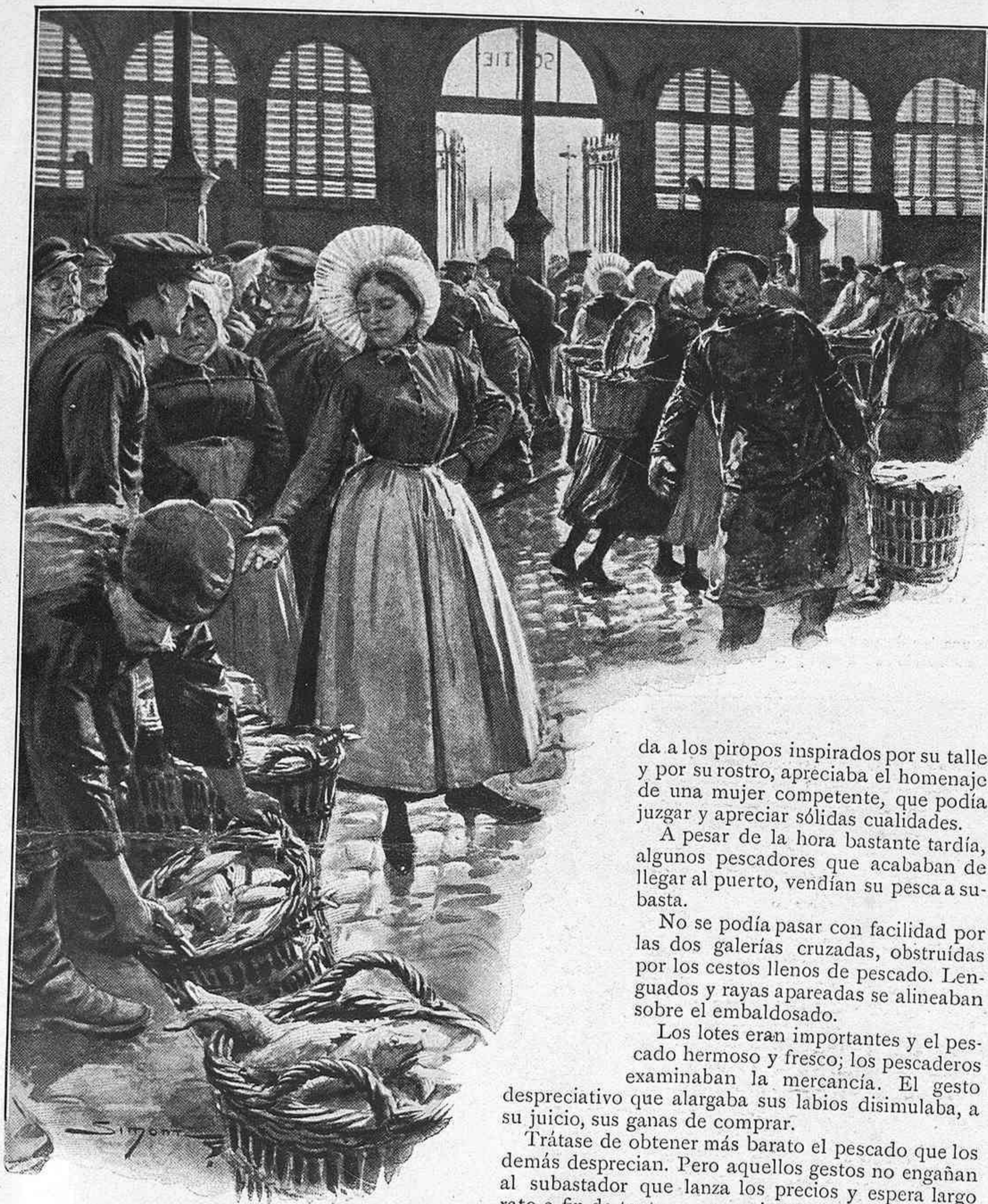
Entonces Juan se alegró interiormente. El domingo próximo vería a Pedro. Irían juntos a Jesús azotado o a la Columna. Malot, bromista, alegre, no tenía igual para distraer a la gente.

María Saleta levantaba los mantos; Juan se dirigió lentamente hacia la ventana.

En julio, en las tardes más largas del año; el sol, globo de carmín, tarda mucho en desaparecer del horizonte purpurino. El mar extiende una sábana de agua azul, y esta superficie es tan tranquila como la profundidad de un cielo de verano.

Con frecuencia el calor del día adormece a la brisa, y las olas en reposo ruedan, se deslizan unas sobre otras con un dulce ruido de seda removida. Algunas gaviotas revolotean por encima de ese raso sin pliegues ni arrugas y posan sobre el agua la blancura de sus alas extendidas.

Para el marino, no es un verdadero tiempo de



- Este pescado no es fresco, insistió Catalina

muchacha bonita. Había dado calabazas a muchos pretendientes. Cortejada por las madres y por los hijos, esperaba una buena ocasión. Tenía tiempo de escoger. La hermosa Catalina encontraría siempre marido. Por consiguiente, ¿a qué apresurarse? Ella pensaba primero en los negocios antes de pensar en el amor. La campana del mercado a subasta sonó; Catalina se volvió hacia su madre:

- ¡Y esa Ambrosina que no llega con mis almejas!.. Son para el marqués de Visle; si el Sr. Augusto viene por ellas, dirás que se las mandaré con el rodaballo: Ambrosina las llevará.

Catalina se dirigió hacia el mercado de la subasta. Con los tobillos bien a plomo sobre sus chapines y las manos en los bolsillos, pasó altivamente por delante de las pequeñas vendedoras que usaban modestas cofias planas.

Quería poco a sus rivales, sus vecinas, las vendedoras de importancia que ocupaban el extremo de la pescadería, y desdeñaba a sus inferiores, las vendedoras de morralla, que tenían sus puestos un poco más abajo.

Pero dió los buenos días a Rosa Malot. La madre de Pedro no vendía más que pesca salada; no le hacía competencia; y, por otra parte, Catalina convenía en que Rosa, dentro de su especialidad, era la primera. Sus arenques eran jamón verdadero. El que probaba la mercancía, apreciaba a la vendedora. Rosa ofrecía de vez en cuando a Catalina una docena de sus mejores arenques curados al humo, y cada año, en la Semana Santa, desalaba para ella un pequeño salmón del Mar del Norte.

Seguramente, tantas atenciones, decían mucho acerca de los sentimientos de Rosa y quizá también acerca de los de Pedro. Y la admiración de la madre y del hijo se dirigía más a la inteligencia que a la guapeza de Catalina. La muchacha, acostumbra-

da a los piropos inspirados por su talle y por su rostro, apreciaba el homenaje de una mujer competente, que podía juzgar y apreciar sólidas cualidades.

A pesar de la hora bastante tardía, algunos pescadores que acababan de llegar al puerto, vendían su pesca a subasta.

No se podía pasar con facilidad por las dos galerías cruzadas, obstruidas por los cestos llenos de pescado. Lenguaos y rayas apareadas se alineaban sobre el embaldosado.

Los lotes eran importantes y el pescado hermoso y fresco; los pescaderos examinaban la mercancía. El gesto despreciativo que alargaba sus labios disimulaba, a su juicio, sus ganas de comprar.

Trátase de obtener más barato el pescado que los demás desprecian. Pero aquellos gestos no engañan al subastador que lanza los precios y espera largo rato a fin de tentar a un mejor postor. Las rayas y los lenguaos fáciles de expedir se pagan siempre a buen precio.

En el lote adjudicado a Micaille, Catalina vió algunos lenguaos y un rodaballo que le gustaban. Ella examinó y movió el pescado; los lenguaos, en vez de ostentar su frescura conservando su rigidez, caían flojos y blandos bajo sus dedos expertos.

- ¡Eso no puede viajar!, dijo Catalina con autoridad.

- Entonces me han engañado, gimió Micaille que no lo entendía.

Intimidar a Micaille, un excarnicero a quien se le había ocurrido aumentar su fortuna en el pescado, no era difícil.

- Este pescado no es fresco, insistió Catalina; ha sido conservado en hielo; llegará podrido si lo envía usted a París; ¡qué lástima!

Era un gusto engañar a Micaille, un extraño que se apoderaba de los beneficios de la marina... Marineros y marineras rodeaban a Catalina, y movían la cabeza en señal de aprobación.

Micaille, confuso, ofreció a Catalina la mercancía a bajo precio.

- Lo venderá usted hoy mismo a sus clientes.

- Se lo compro para hacerle a usted un favor, suspiró Catalina. Tome usted seis francos, no vale más.

Micaille dió las gracias.

Catalina escogió el pescado y lo puso en un cesto que ajustó a los hombros de una mandadora.

El mar, el cielo, todo aquel infinito grato a los ojos y al corazón, se extendía delante de Catalina, de pie a la puerta del mercado. Y Catalina miraba siempre aquel espectáculo sin verlo jamás. La interesaban más los tranvías eléctricos atestados de forasteros y la gruesa voz del vapor de excursionistas la *Margarita*. Volvió la vista hacia los muelles. ¡Qué gentío!.. Toda aquella gente iba pues a comer. ¡Buen negocio!, el precio del pescado se manten-

Catalina se volvió a su puesto de venta, donde su joven hermana Ambrosina, muy fatigada, tendía a su madre una cesta llena de almejas.

- ¡A buena hora!, gritó Catalina siempre presurosa en tratándose de la venta. ¡Estoy segura de que el Sr. Augusto ha venido!

- Hace ya tiempo, declaró la vieja Papín.

- Entonces puedes volverte con tus almejas, ordenó la bella Catalina.

Ambrosina cargó otra vez con sus almejas en silencio.

- Al menos podrías excusarte, contestar, repuso Catalina; otra vez procura llegar a tiempo. Anda; ve a preparar la comida, y si te paras por el camino ya verás la que te espera. Por la tarde llevarás las almejas y el rodaballo a la quinta del Acantilado.

- Sí, sí, dijo Ambrosina alejándose.

- ¡Hermana Sí-Sí! (1), gritó la bella Catalina, que siempre quería hacer callar a su adversario.

* * *

Ambrosina marchaba canturreando. Acogía con indiferencia las observaciones de su madre y de su hermana.

Había venido al mundo cuando ya hacía años que su madre no esperaba dar ningún hermano ni hermana a Catalina.

Pero los últimos hijos, ¿no son los más queridos en las familias?

No siempre.

Con demasiada frecuencia, la vida endurece al alma. Cuando ya se ha dado todo ¿qué queda por tomar?..

Ciertamente, María Papín - Sauvage había sido buena madre; había criado, desde luego, sin recriminar, tres niños y una niña. Después, habiendo cumplido los cuarenta y no esperando ya más hijos, había regalado a una vecina la cuna, justillos y gorras. Más tarde había convertido en paños de cocina las últimas sabanitas de la cuna.

¡Tan tranquila estaba!

Cinco años después, María tuvo que comprar nuevas gorras y justillos y hacer nuevas sabanitas y pañales.

Ambrosina mantenía vivo a los ojos de la madre el recuerdo de aquel doloroso chasco.

¡Ambrosina!

Desde la calle de Boston hasta el Calvario, pasando por la plazuela Broquant y las calles en forma de escalera, se reían de este nombre.

Todos los bonitos nombres de la familia, María, Rosa, Catalina, pertenecían a las primas, hermanas y sobrinas, al nacer la niña. No se sabía qué nombre ponerle. El funcionario del estado civil, un señor imponente, con su levita y sombrero de copa, había sacado del apuro al padre inscribiendo en el registro el nombre del santo marcado en el calendario el día del nacimiento de la criatura. San Ambrosio; de ahí Ambrosina. Su hermana, la bella Catalina, la llamaba a veces «mi hermana Sí-Sí». Este apodo valía bien el nombre de Ambrosina. Por esto la niña no se acordaba de enfadarse oyéndolo.

Marchaba despacio cerca de las barcas amarradas en el puerto. Enamorada del espacio, del viento y de la luz, nunca se daba prisa en volver a su casa.

Con frecuencia abandonada, durante toda su infancia había corrido por la orilla del mar, viviendo de su ambiente y de sus frutos. Ningún muchacho sabía descubrir los cabrajos y cangrejos entre las negras rocas del Griz-Nez como aquella ruda chiquilla. Nadie la aventajaba tampoco en correr dentro del agua en busca de langostinos grises, o en arrancar los racimos de gruesas almejas azules, allá, lejos, en las concavidades del mar.

¡El mar!.. Ambrosina no lo admiraba como lo admiraban esas forasteras, esas habitantes de tierra adentro que vienen de las ciudades, miran y se extasían.

La sangre ágil que corría por sus venas parecía proceder del agua, y en sus ojos cambiantes aparecían todos los reflejos de las olas.

El mar vivía en ella como un alma que ama al cuerpo sin conocerse.

Sus sensaciones de temor, de admiración, de amor en presencia del mar permanecían obscuras, se manifestaban en actos y no buscaban palabras.

(1) La costumbre de contestar: «Sí-Sí» (*Oui, oui*, en francés), había valido a Ambrosina el apodo de *Cadet Oui-Oui*, equivalente a «Hermana Sí-Sí» y que sirve de título al original de esta traducción. - N. del T.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS

En el Colegio de Médicos. — Con gran solemnidad celebróse el día último del mes pasado la sesión inaugural del curso de 1914 del Colegio de Médicos de la provincia de Barcelona. Presidió el acto el presidente del Colegio, Dr. D. Antonio Bartomeus, quien tenía a sus lados a los señores vicario capitular; Dr. Trallero, en representación del gobernador civil; Mesa, en representación del alcalde; Castillo, en representación del capitán general; Dr. Cirera, por la Academia de Medicina; Dr. Comet, por la Academia Homeopática; Torres Casanovas, en representación del rector de la Universidad; representantes de otras varias entidades y el cuerpo consular.

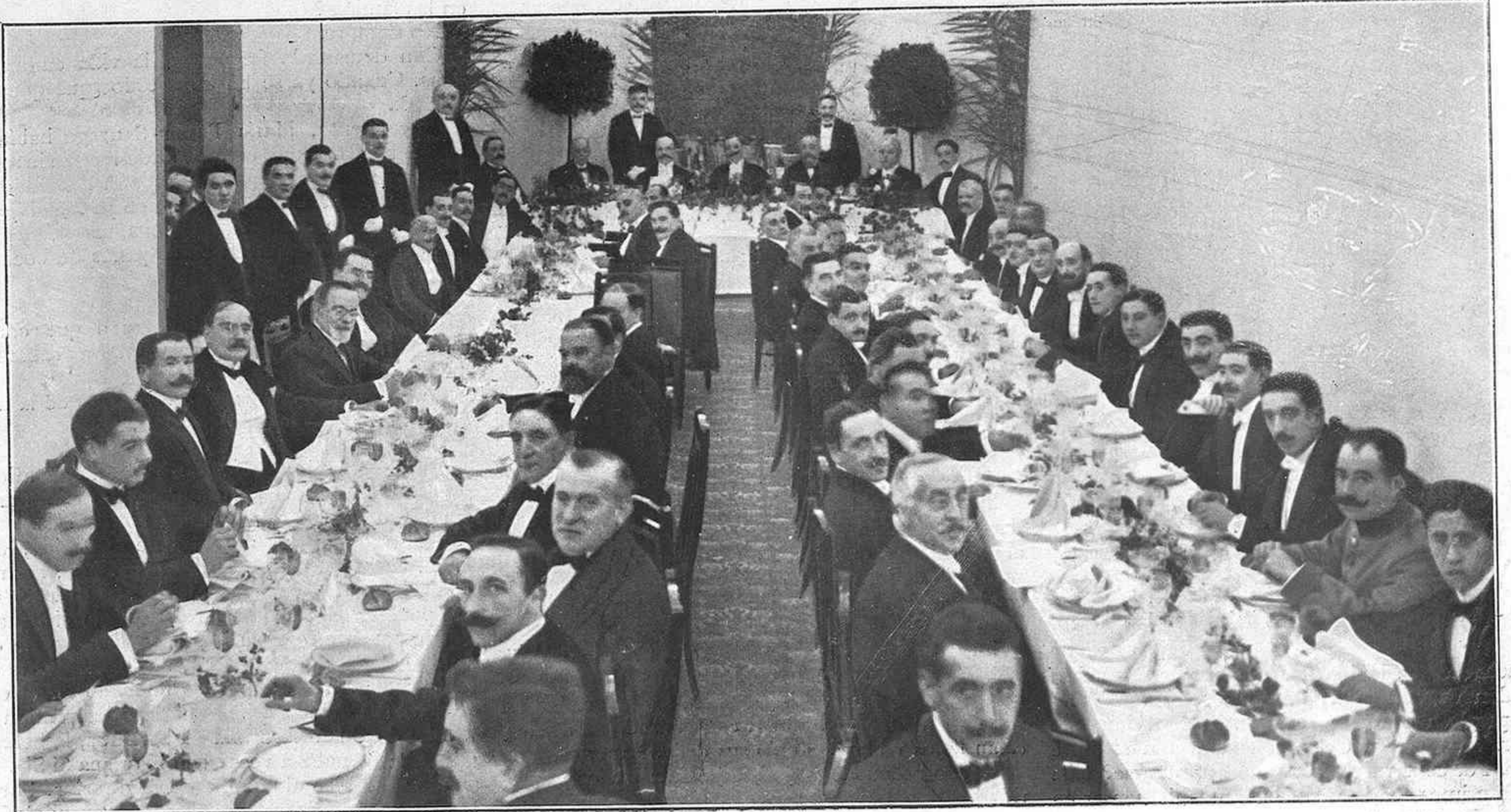
Abierta la sesión por el presidente, el secretario general del Colegio Dr. Ayné leyó una interesantísima memoria escrita por el secretario adjunto Dr. Andreu y Serra en que se exponen los trabajos realizados por la corporación durante el curso anterior, especialmente con motivo del proyecto de adquisición de las aguas de Dos Rius por el Ayuntamiento, y del conflicto de la limpieza pública que se presentó el pasado verano en esta capital, y se da cuenta de la creación de una comisión del Colegio denominada de geografía, hidrología, climatología y geología para el estudio de cuantos asuntos a este respecto puedan interesar a la clase médica, y de una exposición permanente de objetos, obras, estadísticas y fotografías referentes a estas mismas ciencias.

A continuación la doctora D.^a Trinidad Sais de Llabería dió lectura a un notable trabajo titulado «La ignorancia de la mujer en conocimientos de higiene en puericultura como primera causa de la mortalidad infantil». En su trabajo la señora Sais, después de manifestar lo complejo del problema de la mortalidad infantil, expuso la necesidad de impedir los matrimonios cuando la salud de los contrayentes haga temer por el porvenir de los hijos, de establecer cursos obligatorios de higiene y puericultura desechando rancias prevenciones y de crear escuelas de maternología y cartillas para las madres recordatorias de las enseñanzas recibidas; preconizó el establecimiento



Sesión inaugural del curso de 1914 del Colegio de Médicos de Barcelona. La doctora doña Trinidad Sais de Llabería leyendo su notable trabajo sobre la mortalidad infantil

de una ley de protección a la mujer próxima a ser madre reglamentando su trabajo, y el de otra para la mujer que lacte, y sentó estas otras conclusiones: hacer una gran propaganda en pro de la lactancia materna; no permitir, de acuerdo con la



Banquete celebrado en la Casa de América en honor de su secretario D. Rafael Vehils, con motivo de su regreso de su excursión por la América del Sur



Jura de la bandera por los reclutas de cuota en el cuartel de Atarazanas

(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

ley Roussel, que antes de los siete meses deje de criar a su hijo para lactar al hijo de otra; suprimir en absoluto el tráfico con las nodrizas, en forma que su colocación dependa sólo de dictamen facultativo; y demostrar y exponer públicamente los peligros de la lactancia artificial.

El trabajo de la señora Sais, lo mismo que la memoria del Dr. Andreu, fueron muy aplaudidos.

El presidente, después de felicitar al Dr. Andreu y a la señora Sais y de dar las gracias a los concurrentes al acto, declaró abierto el curso de 1914.

En la Casa de América. — En el salón de actos de la Casa de América se celebró el día 3 de los corrientes un espléndido banquete en honor del secretario general de dicha entidad, D. Rafael Vehils, para festejar su regreso de la excursión con tan brillante éxito realizada a la América del Sur con objeto de estrechar las relaciones entre aquellos países y nuestra patria.

Ocupó la presidencia el homenajeado a quien acompañaban los señores Riera y Soler, presidente accidental de la Casa de América, Rahola, Marqués de Marianao, general Zelaya, Cortés, cónsul general de Colombia, y Lozano. Entre los asistentes al banquete, que pasaban de cincuenta, figuraban casi todos los cónsules de las repúblicas americanas, distinguidos miembros de las colonias americanas y otras personalidades.

Inició los brindis el Sr. Riera Soler, ofreciendo el banquete al Sr. Vehils, de quien hizo grandísimos elogios; explicó los valiosos trabajos efectuados por este señor en pro de la Casa de América; expresó la profunda gratitud que por el Sr. Vehils sienten la Junta Directiva de aquella entidad y cuantos se interesan por estrechar los vínculos entre España y las repúblicas de la América del Sur; le animó a proseguir la grandísima labor iniciada; y terminó brindando por el triunfo personal del Sr. Vehils y por el desarrollo de la Casa de América.

Seguidamente el señor Ametlla leyó las adhesiones al acto, entre las que figuraban las del alcalde, del senador señor Palomo, del cónsul general de la Argentina, de D. Basilio Paraiso, de los cónsules de Costa Rica y Bolivia y otros.

A continuación el señor Vehils leyó un hermoso discurso dando cuenta de los resultados de su excursión, señalando los medios que deben adoptarse para que sean cada vez más estrechas y fructíferas las relaciones entre España y la América del Sur, y terminando con los siguientes párrafos:

«Señor presidente de la Casa de América:

»Un día, mis compañeros de gestión en esta Casa, me confiaron el encargo de ir al Nuevo Continente y llevar un mensaje que implicaba una gestión compleja y delicada: nuestra obra era núbil y pocos los elementos, pero yo no dudé un instante en aceptar: me hundí en aquel mundo al cual auspician grandezas singulares; luché con terquedad y aquí estoy con la gestión realizada totalmente; yo quedo siempre obligado al honor de la confianza recibida.

»Señores:

»Nuestro destino está en vías de asegurarse en definitiva, pero yo que sé cuánto templa situarse en el ambiente civil americano y desenvolver una labor a lo Cortés, «sin naves de retorno» (perdonadme esta osadía de expresión), debo decir que al par que nuestra obra conviene a España buscar y fomentar hombres capaces de llevar sin titubeos un «mensaje al Nuevo Mundo.»

Después pronunciaron sentidos discursos los señores Cabezali, por la Juventud Argentina; Socías Aldape, Trías, representante del Fomento del Trabajo Nacional; Amengual, de la Cámara de Comercio; Grué, del Círculo de la Unión Mercantil; Rubio y Lluch; y Rahola, siendo todos aplaudidos.

Jura de la bandera. - Con la solemnidad con que reviste todos sus actos el elemento militar, efectuóse el día 1.º de este mes la ceremonia de la jura de la bandera por los reclutas de cuota que poseen el certificado de aptitud y fueron aprobados por el tribunal constituido al efecto.

El acto se realizó en los respectivos cuarteles, presidiéndola en los de artillería al comandante general del arma D. Juan López Palomo; en los de infantería de línea (Vergara y Alcántara), el general de la brigada D. Fernando de Romero; en los de cazadores (Alba de Tormes, cuya bandera juraron también los de Sanidad Militar e Intendencia, Mérida y Barcelona), el general Sr. Soriano y los jefes respectivos Sres. Vera, Pereyra, López Pulido y Santa Coloma; y en los de ingenieros, el comandante general Sr. Cebollino.

Después de la ceremonia, que fué presenciada por muchos jefes y oficiales y por las familias de varios reclutas, los generales que la habían presidido visitaron al gobernador militar Sr. Sánchez Mesa para darle cuenta del acto celebrado.

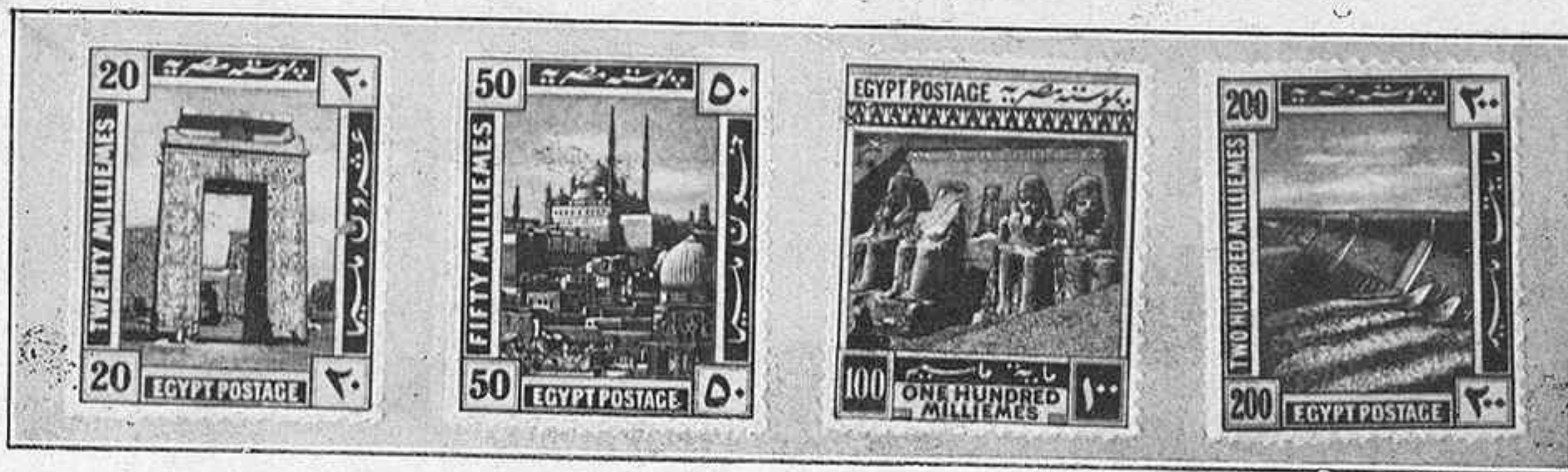
LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

CÁMARA DE COMERCIO Y NAVEGACIÓN DE BARCELONA. MEMORIA COMERCIAL DEL AÑO 1912. - Para comprender la importancia de esta memoria bastará enumerar los títulos de los capítulos que contiene y son: Barcelona Marítima, Transportes terrestres, Entradas y salidas de mercancías, Precios al por mayor de los principales artículos y primeras materias en el mercado de Barcelona, Producción Agrícola, Constitución, modificación y disolución de Compañías mercantiles, Vida financiera, Movimiento social (ahorro, previsión, huelgas, emigración), Servicio postal, telegráfico y telefónico y Evolución en el aspecto comercial de Barcelona. Cada una de estas materias está expuesta con gran método y claridad y con datos estadísticos completos. Esta memoria, que honra a la entidad que la ha redactado, ha sido enviada a la Dirección general de Comercio, Industria y Trabajo en cumplimiento del Reglamento de 31 de diciembre de 1911. Un tomo de 264 páginas impreso en Barcelona en los talleres de Artes Gráficas de los señores Henrich y C.ª

LAS RIQUEZAS DEL URUGUAY. - La Oficina de Exposiciones, dependencia del Ministerio de Industria del Uruguay, creada para organizar la concurrencia de aquella República a los grandes certámenes nacionales extranjeros, realizó el año pasado una exposición nacional preliminar en la que estaban representadas las riquezas naturales y agropecuarias, las industrias derivadas de la agricultura y la ganadería y una sección relativa a servicios públicos de atención oficial o privada. Terminada la exposición, que tuvo un éxito inmenso, todo lo que figuró en ella ha sido reunido en un Museo permanente, del que se ha impreso un lujoso catálogo para información del extranjero. Este catálogo forma un tomo con numerosas ilustraciones que permite formarse perfecta idea de las riquezas del Uruguay y que ha sido impreso en Montevideo.

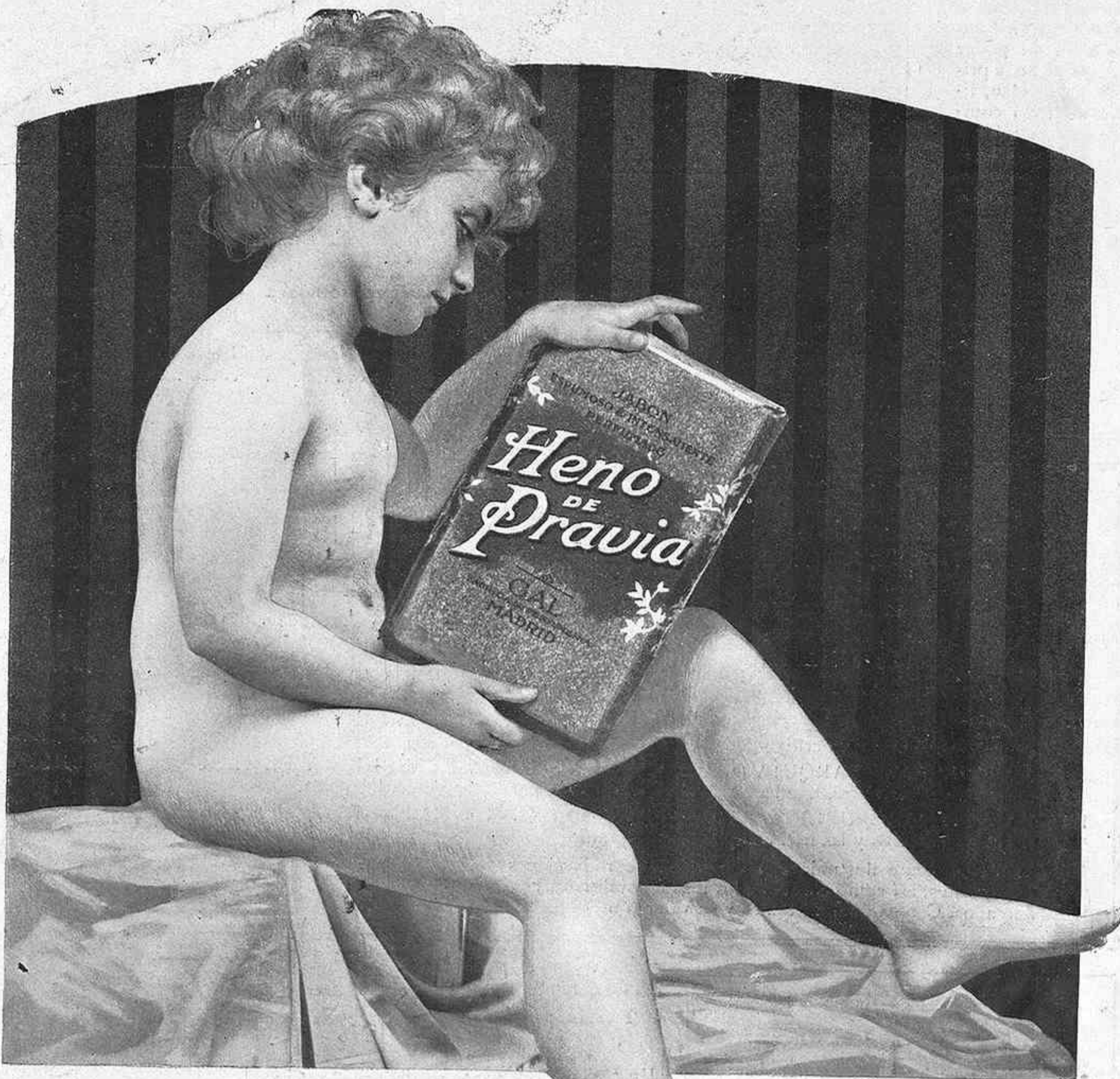
La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de



Los nuevos sellos de correos de Egipto, que han sido emitidos el día 1.º de este año (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

LOS NUEVOS SELLOS DE CORREO DE EGIPTO.

Desde 1.º de este año el gobierno egipcio ha puesto en circulación la nueva serie de sellos de correo que adjunta reproducimos y que, respondiendo a las corrientes filatélicas modernas, constituye una colección interesante por los asuntos representados en cada una de las estampillas y notable por la ejecución acabada y artística de todas éstas. La serie comprende diez sellos cuyos valores varían entre una y doscientas milésimas de libra egipcia, cuyo valor es de 25,92 pesetas. El sello de una milésima, de color gris, representa unas barcas navegando en el Nilo; el de dos milésimas, verde, el busto de Ramsés el Grande; el de tres milésimas, amarillo, el Ras el Tin; el de cuatro, naranja, las pirámides; el de cinco, rojo, la Esfinge; el de diez, azul, dos estatuas que se alzan delante de Lúcor; el de 20, aceituna, la puerta del templo de Karnak; el de 50, violeta, la mezquita de la Ciudadela, en el Cairo; el de 100, ceniza, el templo de Abu Simbel; y el 200, vino, el dique de Assuán.



A. Ehrmann.

Todo el que
usa el Jabón

de **HENO** de **PRAVIA**

tiene la epidermis
fina y suave como
la de un niño

PABLO DEROULEDE

El día 30 de enero último falleció en su quinta de Niza, adonde había ido hace poco en busca de alivio a una grave enfermedad, el inspirado poeta y eminente patriota francés Pablo Derouledé, una de las más populares, interesantes y simpáticas figuras de la Francia contemporánea, el hombre de los altos ideales, de las firmes convicciones, de los vibrantes entusiasmos, que ni la indiferencia de unos ni las persecuciones de otros lograron nunca extinguir ni siquiera entibiar.

Nació en París el 2 de septiembre de 1846, hizo sus estudios en el liceo Bonaparte en Versalles, y se licenció en Derecho. Al estallar la guerra franco-prusiana alistóse como voluntario, en unión de su hermano menor Andrés, que fué herido a su lado en Sedán, y después de esta batalla, fué internado en Bélgica; pero prefirió constituirse prisionero en Silesia a fin de poder escaparse de su prisión de Breslau, libre de todo compromiso moral. La evasión de Derouledé, que entonces era subteniente de zuavos, fué verdaderamente novelesca y como consecuencia de ella pudo regresar a Francia y unirse a su batallón para proseguir la campaña, en la que ascendió a teniente y obtuvo la cruz de la Legión de Honor.

Cultivó desde muy joven la poesía, y en 1872 publicó un tomo, *Cantos de soldado*, que fué premiado por la Academia Francesa. Sus versos, algo descuidados en la forma, eran notables por su inflamación patriótica; en todas sus producciones descollaba siempre vigorosa la imagen

de la Patria. También escribió para el teatro, habiendo producido en este género el drama *El Hetmán*, que se estrenó en el Odeón en 1887; el drama, *La Moabita*, que fué prohibido por la censura; *Messire Duguesclin*, que Coquelin interpretó en 1894 en la Porte-Saint-Martin; y *La muerte de Hoche*, que se representó en este último teatro en 1898. Entre sus otras obras merecen citarse especialmente: *Nuevos cantos del soldado*, *Cantos de aldeano*, *Refranes militares*, *La educación militar*, *¡Desarmel!* e *Historia de amor*.

En 1878 se lanzó a la política, fundando más tarde la Liga de los Patriotas y figurando entre los más exaltados partidarios del general Boulanger. En 1889 fué diputado por Angulema, cargo que dimitió en 1892; seis años después volvió a la Cámara como partidario de la República plebiscitaria.

Acusado de complot contra la seguridad del Estado, fué condenado en 1899 a diez años de destierro, habiendo en aquel entonces establecido su residencia en San Sebastián, en donde permaneció hasta 1905 en que fué indultado. A su regreso a París fué recibido triunfalmente.

Pablo Derouledé, fiel a sus ideales, asistió siempre a todas las ceremonias conmemorativas del Año terrible y a todos los actos patrióticos realizados en Francia, pronunciando en tales circunstancias fogosos discursos inspirados en el más ferviente patriotismo.

Toda la prensa francesa en general ha dedicado largos y sentidos artículos necrológicos a Derouledé y hasta sus mismos adversarios políticos han enaltecido su personalidad señalándola como modelo y ejemplo de grandes y abnegados patriotas.



Pablo Derouledé en su quinta de Niza

Fotografía remitida por C. Trampus y tomada pocos días antes del fallecimiento de tan ilustre patriota ocurrido el día 30 de enero último.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

COLECCIÓN DE LAS OBRAS MÁS NOTABLES Y MODERNAS QUE SE HAN PUBLICADO SOBRE LA HISTORIA DE FRANCIA, CUYA PROPIEDAD DE TRADUCCIÓN PARA EL IDIOMA ESPAÑOL TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA EDITORIAL

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

- I. HISTORIA GENERAL DE FRANCIA DESDE SU ORIGEN HASTA LA REVOLUCIÓN. - Notable obra que se publica en Francia con extraordinario éxito bajo la dirección del sabio historiador M. Ernesto Lavisse, de la Academia Francesa, con la colaboración de los más renombrados catedráticos de las Universidades de Francia.
- II. HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, EL CONSULADO Y EL IMPERIO. - Obras de reconocido mérito escritas por el célebre estadista M. Adolfo Thiers, precedidas de un juicio crítico de la *Revolución y sus hombres* por D. Emilio Castelar, cuyos originales son de exclusiva propiedad de esta Casa editorial.
- III. LA NUEVA MONARQUÍA (1815-1848) - LA SEGUNDA REPÚBLICA Y EL SEGUNDO IMPERIO. - GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870). Notable obra escrita por Pierre de la Gorge, que ha merecido ser premiada por la Academia Francesa.
- IV. LA NUEVA REPÚBLICA. - THIERS, LA COMMUNE, MAC-MAHÓN, GREVY, CARNOT, PERIER, FAURE, LOUBET. - Obra interesantísima, redactada á vista de los documentos más auténticos y las más completas monografías.

Edición profusamente ilustrada con magníficas reproducciones de los más curiosos códices que existen en la Biblioteca Nacional de París, grabados, mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así como copias de los más renombrados cuadros existentes en los Museos de Europa. - Se publica por cuadernos semanales y se vende, completa, en tomos encuadernados. Consta de doce tomos y su valor total es de 227 pesetas pagadas en plazos mensuales.

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSER

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Baluca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergamino y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA

VIAJE Y SPORT

TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS

ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR

E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN